

gaceta cultural

Ateneo de Valladolid

Enero de 2026 • Nº 106





40 AÑOS DE ESPAÑA EN LA UE



El jueves 12 de junio se cumplieron 40 años de la firma del Tratado de Adhesión de España a la Comunidad Económica Europea, actual Unión Europea, paso previo a la integración formal de España, acompañada por Portugal, en una comunidad que contaba en 1985 con 10 miembros (Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Dinamarca, Irlanda, Reino Unido y Grecia) y que se amplió el 1 de enero de 1986 a 12 (Vista del Salón de Columnas del Palacio Real, en un momento de la intervención de SM el Rey).



PROGRAMACIÓN DEL ATENEO DE VALLADOLID (Enero-Marzo / 2026)

ENERO

13, MARTES

JORGE LAFUENTE DEL CANO, *40 Aniversario del ingreso de España en la Comunidad Económica Europea.*

FEBRERO

3, MARTES

LEOPOLDO CALVO-SOTEO IBÁÑEZ-MARTÍN, *Leopoldo Calvo-Sotelo: la larga formación de un político de la Transición.*

MARZO

3, MARTES

JUAN SILVELA MILÁNS DEL BOSCH, *El desembarco de Alhucemas.*

17, MARTES

JUAN CARLOS ARNUNCIO, *Valladolid: miradas de la ciudad a su patrimonio artístico.*

27, MARTES

ALBERTO GÓMEZ FONT, *Presentación del libro «Cócteles tangerinos».*

26, JUEVES

MESA REDONDA:
La controversia de Valladolid (1^a parte).

19, JUEVES

MESA REDONDA:
La controversia de Valladolid (2^a parte).

HORA: 19:30 h.

LUGAR: El Ateneo de Valladolid anunciará con antelación el lugar de las conferencias en su página Web

NOTA: Entrada libre hasta completar aforo. Preferencia Socios.

SUMARIO

• Editorial	1
Luis María Gil-Carcedo	
• Ulises	2
Jorge Lafuente del Cano	
• Negociar Europa. Las claves de la Adhesión de España a la CEE	8
Celso Almuñá	
• La opinión pública, motor de la transición española	12
Fernando Davara Rodríguez	
• El imperio del saber de Felipe II: la historia olvidada de la Revolución científica del Renacimiento	16
Alberto Gómez Font	
• Tánger, ciudad inspiradora	21
Anselmo Rosales Montero	
• Francisco de Cuéllar, un vallisoletano en lucha contra el mar	24
Juan María Silvela Miláns del Bosch	
• El desembarco de Alhucemas	28
Rafael Vega, 'Sansón' Viñeta	

Imagen de portada: 40 años del Tratado de Adhesión a la Comunidad Económica Europea

El Ateneo de Valladolid no se hace responsable de los trabajos ni las opiniones de sus colaboradores y no las comparte necesariamente. Para la reproducción total o parcial de cualquier tema de la revista es necesaria previa autorización de la Junta de Gobierno del Ateneo.

Consulta: [Web Ateneo de Valladolid, Gaceta Cultural](http://www.ateneodevalladolid.org)

Edita
ATENEO DE VALLADOLID
 Depósito Legal: VA-385-1995
 Acera de Recoletos, 19, 1.^o dcha. 47004 Valladolid
www.ateneodevalladolid.org

N.º 106 Enero-Marzo 2026

Junta de Gobierno del Ateneo de Valladolid (2025-2030)

Presidente
 Luis María Gil-Carcedo

Vicepresidenta 1.^o
 Concepción Porras

Vicepresidente 2.^o
 Fernando Davara

DIRECTOR/A DE LA SECCIÓN:

Ciencias
 Alicia Armentia

Historia del Arte
 Concepción Porras

Ciencias Jurídicas
 María Aránzazu Moretón

Literatura
 Angélica Tanarro

Cultura
 Enrique Berzal

Pensamiento
 Juan Canal

Comunicación (Dir.-Com.)
 Ana María Velasco Molpeceres

Tesorero
 Miguel López Coronado

Historia
 José Vidal Pelaz

Secretario
 Jesús Castaño

Maqueta e imprime: Gráficas Gutiérrez Martín

INTELIGENCIA ARTIFICIAL (IA) ¿ARMAGEDÓN O SIMPLE HERRAMIENTA

La IA es sin duda uno de los temas más presente en conversaciones, tertulias y escritos. Es así por su trascendencia, actualidad y futuro, también por las controversias que suscita. Nos atrevemos a pergeñar una breve visión. Incluso —que osadía— nos atrevemos a opinar.

Aunque hubo antecedentes, se considera la máquina primigenia de la computación moderna la patentada en 1946 por **John W. Mauchly** y **John Presper Eckert** de la Universidad de Pensilvania. Revolucionaria si, pero un trasto: media más de 30 metros, pesaba 30 toneladas y tenía en sus tripas 17.468 válvulas. Inevitablemente el sistema evolucionó a mejor: transistores, microprocesadores, **Steve Jobs** con sus atractivos portátiles, obsolescencia de la tecnología de disco, ordenador cuántico... y por fin la IA avanzada. Con su progresión imparable, la informática (permítanme el pequeño artificio de igualar computación e informática) remedia la red neuronal del cerebro humano. Utiliza para ello computadoras que ejecutan funciones cognitivas, intelectivas y sensoriales: analizan datos, razonan, aprenden, comprenden, deciden, ven, oyen... Aparece así una magnífica —¡aterradora!— herramienta (RAE, tercera acepción. Herramienta: «Instrumento que sirve para hacer algo o conseguir un fin». Resume **Julio Casares**: «Utensilio que sirve para algún fin»).

¿Por qué magnífica? La IA logra —por fin— conjugar ciencias que tradicionalmente han trabajado aisladas: Informática, Análisis matemático, Estadística, Ingeniería de hardware y software, Fisiología-Neurología, Lingüística, Psicología, Filosofía... Sus dispositivos pueden aprender, razonar y decidir de manera superior a lo que es capaz nuestra inteligencia, consiguiendo resultados que exceden lo que los humanos podemos imaginar.

¿Aterradora IA? Sí. Posible dictadura digital, influencia en el mundo del trabajo (inestabilidad, paro, desplazamientos), probable aumento de la «brecha digital» por desigualdad de oportunidades para su uso (¡Ay de los que somos semianalfabetos en el mundo digital!). Además: ¿quién se responsabiliza del error en un diagnóstico médico logrado por IA?, ¿la IA tiene capacidad de resolución ante problemas inesperados?, ¿cómo influye en la ciberseguridad?, ¿a cuánto asciende su factura energética?, ¿en qué algoritmos de la IA se ubican los sentimientos?

Mensaje del Apocalipsis de **San Juan**: «En los días finales del mundo se librará la gran batalla entre el bien —Dios— y el mal —Satanás— en un lugar del norte de Israel llamado Armagedón. De esta terrible lucha solo sobrevivirán los hombres buenos. Después la humanidad vivirá en paz y concordia hasta el fin de los días».

Juan Manuel de Prada se confiesa tecnófobo. Afirma que las respuestas de la IA son una farolla pálidamente erudita, pálidamente tópica, pálidamente progresista y que desliza muchos errores y citas apócrifas. Cree que la IA pretende que todo el mundo piense lo mismo adoptando el pensamiento que le brinda la tecnología. Estima que nos despoja de lo que nos hace humanos: la especificidad, la unicidad. Y entrando en jardines metafísicos o teológicos, concluye: «*No olvidemos que la principal misión diabólica es uniformizar a quienes Dios creó distintos*». Parece que don Juan Manuel no es defensor a ultranza de la IA.

Osamos emitir nuestra opinión. IA: herramienta extraordinaria que inicia una nueva era, un cambio drástico en la trayectoria de la humanidad. Sí, pero... ¿no fueron tan trascendentales —o más— la domesticación del fuego, la revolución cognitiva (**Yuval Noah Harari**), el inicio de la agricultura, la aparición de la imprenta, la revolución industrial o la manipulación del átomo?

Dice **Wilde** al final de un capítulo: «*No he dicho que me guste, Harry. He dicho que me fascina. Hay una gran diferencia*».

Quiero que este relato acabe bien: en el campo de batalla de Armagedón ganaron los buenos.

LUIS MARÍA GIL-CARCEDO
 PRESIDENTE DEL ATENEO DE VALLADOLID
elateneodevalladolid@gmail.com

ULISES

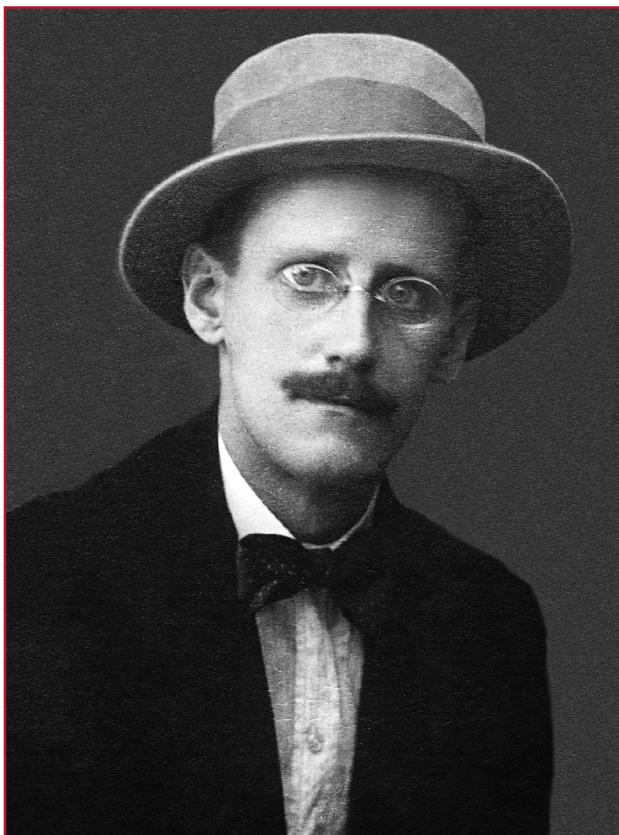
Luis María Gil-Carcedo

Catedrático de la UVa. Presidente del Ateneo de Valladolid

*Los que escriben con claridad tienen lectores,
los que escriben oscuramente tienen comentaristas.*

Albert Camus

Blandió el Ulysses: *Por lo visto, medio mundo enloquecía por este carajo de libro. Solo tiene un pequeño defecto, aparte de que no se entiende. Le falta una guarda* (Manuel Rivas). Lo intenté hace unos veinte años, creo recordar que soporté poco más de cien páginas. Cada poco, e *in crescendo*, se pueden leer o escuchar opiniones sobre esta obra. Generalmente para ensalzarla, incluso para elevarla a la categoría de la mejor novela del s. XX (*New York Times*). Aunque no en opinión de Steinberg, Pasternak, Mann y otros, que la colocan en el cajón de lo inane. Se dice por algunos –opinión respetable– que para ser considerado amante de la literatura es completamente imprescindible haber leído este libro.



James Joyce en los años de la publicación de Ulises

Nueva intentona lectora: decidida como penitencia autoimpuesta por mis numerosos pecados culturales. La novela (¿novela?) –ya es hora que diga que me estoy refiriendo a la obra magna de James Joyce– es un mamotreto insoportable.

Tal vez pueda ser digerible para los dublineses cultos. Tal vez a ellos les resulte interesante (tengo amplias dudas). Su aburrida narrativa pseudosurrealista, pseudoanarquista y otros pseudos, hace abrumador el transcurrir por sus páginas incluso para sus compatriotas más instruidos. Las continuas referencias a casas, calles, plazas, puentes, muelles y otros muchos lugares de Dublín, llevan a que la ciudad sea de hecho la protagonista del libro.

Las frecuentes citas –más o menos crípticas– sobre la historia y la cultura de Irlanda y el Reino Unido acaso hagan la lectura aguantable a sus compatriotas (vuelvo a dudarlo).

Descargo un poco mi feroz crítica. Posiblemente los estudiosos de la historia de la literatura y de las innovaciones en el arte de narrar deban incluir el *Ulises* en sus estudios, controversias y publicaciones. Tienen poderosos motivos: Joyce introduce en su narrativa innovaciones que llaman la atención, en verdad muy impactantes (novela experimental). También el bibliófilo fanático debe hacer un hueco para leerlo, aunque aún así no consiga atender todos los frentes que se le abren: *Todos aquellos libros esperándole en los anaquelos irredentos, en los armarios cerrados, enterrados en vida en los desvanes o en sótanos inmundos*. En su día los capítulos de *Ulises* (cada uno de un estilo diferente) asombraron poderosamente, siguen asombrando hoy. Sus originalidades, la ruptura total con las convenciones, han influido en muy numerosos escritores de los siglos XX y XXI. Recuerdo a bote pronto dos próximos por nacionales (ambos gallegos). Camilo José Cela escribe su novela *Cristo versus Arizona* sin signos de puntuación, remedando el capítulo 18 (el último) de la obra que comentamos. En *Los libros arden mal* Manuel Rivas comparte el estilo



Dublín en los tiempos en que transcurre la novela

caótico y desordenado del *Ulises*, aunque procurando al lector mayor facilidad de comprensión y un claro deleite intelectual. Además, se asemeja al hacer principal protagonista de la novela a una ciudad: Joyce a Dublín, Rivas a La Coruña.

Con malicia, tengo para mí que con tanto afán innovador el autor trata de *épateur a le bourgeois*, de impresionar con un *coup de théâtre* orientado a conseguir más notoriedad. Digo más porque ya era reconocido en el mundo de las letras anglosajonas por los admirables (sobre todo alguno de los quince) relatos cortos que componen *Dublineses* (1914). Joyce logra conquistar al papanatismo intemporal, alcanza a extender su obra más allá de los ambientes literarios eruditos: consigue que lean *Ulises* (o que digan que lo han leído) aficionados a la novela de todos los países del mundo. Los comentarios laudatorios son continuos ¡Que bochorno decir en una tertulia que no se ha leído *Ulises*! Es obligado comentar el éxtasis intelectual producido por las idas y venidas de Bloom y compañía a lo largo del día que constituye el espacio de tiempo en que transcurre el relato. Aparcamiento de vanguardias.

Interrogantes perversos ¿Quiere Joyce conquistar a la prensa? Puede que este sea el motivo por el que cuenta en *Ulises* el hacer diario en un rotativo, aprovechando que el señor Bloom va a poner un anuncio. ¿Quiere que los «medios» cooperen en la propaganda de su obra? No es casual que en el libro cite con insistencia los periódicos irlandeses de la época. Menciona demasiados: *Irish Times*, *Evening Telegraph*, *Irish Catholic*, *Dublin Penny Journal*, *Kilkenn People* y otros. ¿Pretende seducir a los eruditos? Tal vez sea su intención al destacar concomitancias entre los protagonistas de su obra y los personajes de la *Odisea* de Homero (Bloom/Ulises, Molly/Pénélope, Stephen Dedalus/Telémaco).

Insisto en la crítica. No pretendo que en todo lo que diga me asista la razón: me encanta recibir noticias contrarias a lo que opino y meditarlas. Considero imposible, o al menos sofocante, confeccionar un

dramatis personae de la obra. Además de los personajes más presentes en la novela (me repito, ¿novela?) que pueden considerarse sus protagonistas (el cornudo Leopold Bloom, su casquivana esposa Molly, Stephen Dedalus, el onnipresente Buck Mulligam, el difunto Dignam...), una pléyade de figurantes se intercala –generalmente sin ton ni son y de manera anárquica– a lo largo y ancho de las 684 páginas que suman las 366 del primer tomo con la adición de las 318 del segundo. La mayoría de los individuos que aparecen en las insufribles páginas del libro no tienen rol, significado, ni justificación de que sean mínimamente necesarios. Creo que Joyce al acabar de escribir y recapacitar sobre la oportunidad de un capítulo o la necesidad de un personaje se preguntaría ¿lo escrito es suficientemente oscuro?, ¿consigue scandalizar?, ¿logra desorientar al lector de manera eficaz?

Las incursiones poéticas intercaladas en numerosos momentos de la trama tampoco son afortunadas. El texto está trufado de poesías breves, pareados y pequeñas composiciones. Es un lucimiento inútil, en realidad no pintan nada, no son necesarias. Conservan –más o menos– la rima y la métrica, en la poesía «moderna» eso es intrascendente. ¿Son inoportunas a causa de la traducción? Es posible que lo fútil, lo vano de estas inserciones sea debido a la dificultad que tiene traducir versos: solo logra pasarlo de un idioma a otro un alma de poeta. Por esto y por toda la obra ¡pobre traductor! Lo imagino sudando y con un whisky al lado.

- (1,164) *La famélica gaviota
sobre el agua turbia flota.*

(1.246) *Aunque sea una chica de taller
y no tenga vestidos elegantes.
Porrompón.*

*Siento un gran querer
como se quiere en Yorkshire
por mi rosa de Yorkshire.
Porrompón.*

La primera impresión del sufrido deseador de cultura al progresar por las páginas del *Ulises* la constituye el que el narrador va contando, con desbordante incontinencia, todo lo que se le pasa por la cabeza. Con facilidad se le puede imaginar paseando por la ciudad de su juventud en un dulce atardecer, apuntado en un cuadernillo los pensamientos más o menos erráticos que asaltan su caletre.

Eso sí, los apunta con imprecisión y con prisas: no completa una frase, intercala palabras sin coherencia, introduce un nuevo personaje sin sentido en la evolución de lo que cuenta... Y no mejora en el texto definitivo. Al repasar con calma la corrección de su escrito peripatético se preguntaría ¿podría hacerlo todavía más ininteligible?



Dublín a principios del siglo XX. Orillas del río Liffey

Aunque esto no asombra –hay abundantes precedentes en la literatura– Joyce se distingue por hacer un exagerado uso de las onomatopeyas. Utiliza también, en exceso, la construcción de dos o más palabras concatenadas, mecanografiadas sin pulsar la tecla espacio-entrellida entre ellas (que escribiera a máquina es de mi cosecha).

(1,71) *Las campanas de la iglesia de San Jorge.*
Daban la hora: sonoro hierro oscuro
Ay-oh, ay-oh.
Ay-oh, ay-oh.
Ay-oh, ay-oh.

(I, 167) *Charlas de mesa. Lem ñim el luñmeñm en elñ Ñanco Unsterñ. ¿Ah, si? ¿De veras? La puerta del despacho susurro ii. crii.*

DAVY BYRNE: (Bostezando)! *Liuiuiuiaaaaai* ;

(1,84) *Perdone, señorita, tiene una (ffffu) nada más que una (ffffu) pelusa.*

(1,242) ...Tisdall Farrel con baston paraguas
guardapolvos colgando esquivó el farol de
delante de la casa del señor Law Smith y...

Después de toda esta carnicería crítica es oportuno el interrogante: ¿aconsejas la lectura del *Ulises* de James Joyce? No contesto hasta el final del artículo, con el *suspense* que pretendo crear aspiro a que me sigas leyendo hasta el concluir de estas líneas.

Me preguntaba —y sigo preguntándome— si es pertinente, a modo de prueba de lo que opino, incluir *ad pedem litterae* algún fragmento del original (el que tengo está editado en 1984). Decido que sí. Sin embargo, la lectura de los sueltos que se transcriben a continuación puede desoriarntar: aislados tienen algo más sentido y armonía que unidos al contexto general de la obra.

El que esto escribe está vacunado de espantos, pero se ve obligado a lanzar el siguiente *Aviso a los lectores*. Escrupulosos, pusilánimes, pacatos, almas de moralidad volcánica, sensibles, impresionables (seáis de uno u otro sexo) ...por favor no os pareís en los párrafos que aparecen en negrita y cursiva a continuación.

En 1897 Abraham «Bram» Stoker publica su *Drácula*. La novela tuvo escaso éxito en un principio. Después, y hasta hoy, consigue alzarse como el templo literario del vampirismo y la novela gótica. Seguro que Joyce leyó la historia del conde-vampiro escrita por su compatriota irlandés (*Walpurgis Nacht! Walpurgis Nacht!*). Seguro que le impresionó la fuerza expresiva que posee su morbosidad. La apunta y la utiliza, pero sin la sutileza –relativa– de Stoker. Para muestra los siguientes párrafos del *Ulises*, sobre todo el segundo:

(I-108) *¿Has visto alguna vez un fantasma? Bueno, pues sí. Era una noche negra como la pez. El reloj iba a dar la medianoche. Sin embargo, capaces de besar como es debido si se las pone a punto. Las putas de los cementerios turcos. Aprenden cualquier cosa si se las pilla jóvenes. Podría uno encontrar una viudita joven aquí. Los hombres son así. Amor entre las lápidas. Romeo. Condimento del placer. En medio de la muerte estamos en vida.*

(I-109) *Estoy seguro de que el terreno se pondría muy sustancioso con abono de cadáver, huesos, carne, uñas, fosas comunes. Terrible. Volviéndose verdes y rosados, descomponiéndose. Se pudren deprisa en tierra húmeda. Los viejos flacos más duros. Luego una especie de sebosa especie de queso. Luego empiezan a ponerse negros, rezumando una melaza. Luego secos del todo.*

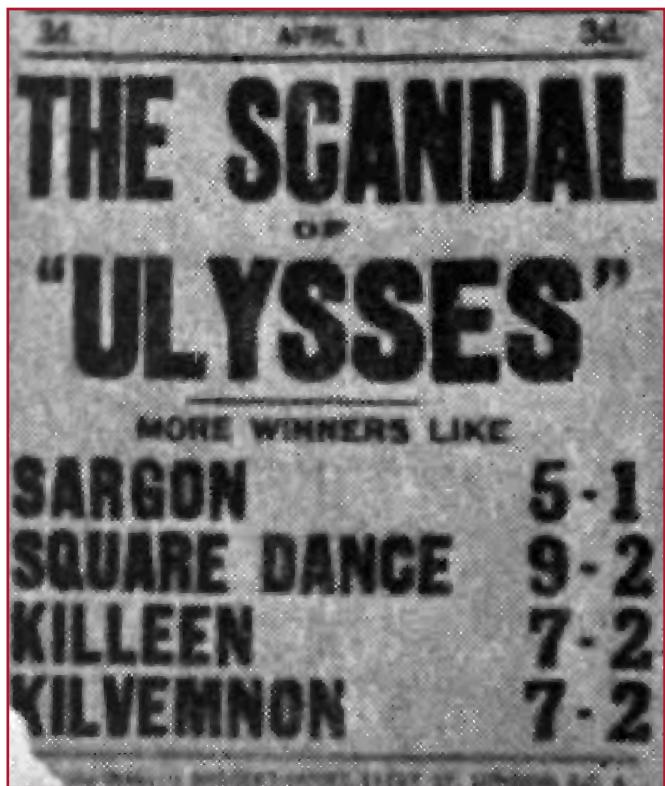
En la misma línea, buscando obsesivamente lo morboso, narra el ajusticiamiento de Seddon, el asesino que envenenó con arsénico a la señorita Barrow. En lo que cuenta se mezcla, sin que se pueda entender porqué, el ahorcamiento del tal Seddon con el de un rebelde irlandés. Con lo cual el autor crea una buscada confusión. Considerad:

(2, 144) *Da un tirón a la cuerda, los ayudantes saltan a las piernas de la víctima y tiran de él para abajo, dando gruñidos: la lengua del joven rebelde irlandés se le sale violentamente: joljidé, jesar, jor, ej, jascjanso, je, mji, jmajjdre. Entrega el espíritu. Una violenta erección del ahorcado envía gotas de esperma chorreando a través de sus ropas mortuorias hasta las piedras del pavimento. La señora Bellingham, la señora Yelberton Barry y la Honorable señora Mervyn Talboys se adelantan*

precipitadamente para empaparlo en sus pañuelos... Hunde su cabeza en la tripa abierta del ahorcado y la vuelve a sacar encuajaronada de entrañas.

Del mismo modo se recrea con compulsión en los detalles del entierro de Paddy Dignam. El finado es un amigo de Bloom que muere repentinamente víctima de una apoplejía. El sepelio ocupa unas veinte páginas, y suma y sigue: la muerte de Dignam, sus honras fúnebres y otros detalles más o menos escabrosos sobre el triste suceso, aparecen con iteración en casi todos los capítulos de la obra (sin ilación, sin venir a cuento, sin la menor necesidad narrativa).

No es de extrañar que en la muy católica Irlanda de principios del s. XX levante ampollas la aparición del *Ulises* (1922). Los mensajes irreverentes, anticlericales, anticatólicos se repiten de continuo.



El escándalo del Ulises

Sin conexión, sin trabazón lógica con lo antedicho o con la progresión de la trama. Y no a la manera de la opinión razonada del ateo, ni de la respetuosa del gnóstico: la cruda forma de expresión y la contumaz reiteración superan la función de rechazo y llevan a los terrenos del odio (la cuna y la formación primera de Joyce transcurren en la órbita del catolicismo, se educó con los jesuitas). Transcripción que da cierta idea del pensamiento del autor:

(1, 81) *Un grupo de ellas arrodilladas ante la balaustrada del altar. El sacerdote pasaba por delante de ellas, murmurando, sosteniendo la cosa en las manos. Se detenía ante cada una, sacaba una comunión, le sacudía alguna que otra gota (¿están en agua?) y se la ponía limpiamente en la boca. El sombrero y la cabeza se inclinaban. Luego la siguiente: una vieja diminuta. El sacerdote se inclinó para ponérselo en la boca, todo el tiempo murmurando. Latín. Cuerpo. Cadáver. Buena idea el latín. No parece que lo mastiquen: se lo tragan solamente. Idea rara: comer pedacitos de cadáver, por eso lo entienden los caníbales.*

Espantaría a los castos (hipócritas) cerebros postvictorianos la narración descarnada de los asuntos sexuales, eróticos y hasta pornográficos contenidos en *Ulises* (considerar el «sin puntuación» capítulo 18 o el extenso espacio dedicado al burdel de Bella Cohen). Adobar las novelas con estos temas no es nuevo, la búsqueda del cosquilleo sexual en los relatos se remonta a los albores de la escritura. Una digresión. Entiendo como novela con sexo (¿y cual no?) aquella que hace mención de manera más o menos delicada al amor físico: *Belle de jour* de Joseph Kessel puede ser un ejemplo. Creo de contenido erótico las que relatan con detalle la actividad sexual, generalmente los prolegómenos o el coito mismo: la *Emmanuelle* de Emmanuelle Arsan es un prototipo. Son pornográficas las obras literarias que tienen como *leitmotiv* un explícito y continuo carácter obsceno, sucio, procac: *La antivirgen*, de la precitada autora, es tan pornográfica como aburrida. Algunos ejemplos de sexo, erotismo y pornografía en nuestro libro protagonista:

(2, 50) *LA ALCAHUETA (escupe tras ellos su chorro de veneno) Estudiantes de medicina de Trinity. Trompa de Falopio. Todos polla y ni un penique.*

(2, 17) *...por el camino cayó con una cierta puta de exterior placentero a los ojos cuyo nombre, dijo, es Pajaro-en-Mano... que le decía, como, Ea, hombre lindo, vuélvete acá y yo te mostraré un hermoso sitio, y ella se dio a él tan lisonjeramente que le tuvo consigo en su gruta que se llama Dos-en-las-Matas, o, por algunos doctos, Concupiscencia Carnal.*

...Dos-en-las-Matas, adonde ella les atraía, era la más placentera gruta y allí había cuatro almohadas que tenían cuatro rótulos con estas palabras estampadas en ellos, Acaballo y Patasarriba y Metelengua y...



Joyce el día de su boda con Nora Barnacle. Dublín, 1931



Joyce fotografiado en Zúrich en 1938

(2,90) ZOE (secamente, el dedo en la cinta al cuello) ¡En serio? Hasta la próxima vez. (Mueca burlona) Imagino que te levantaste con mal pie o que te corriste antes de tiempo con tu mejor amiguita.

Por su escabrosidad no es de extrañar que *Ulises* fuese desacreditada e incluso prohibida en varios países de Europa y América ¡Una tontería! El veto a una obra es para ella una propaganda impagable, suele promocionar la progresión geométrica de su difusión. Estamos del lado del eslogan «prohibido prohibir» tal como lo canta Sandra Mihanovich.

Al lenguaje soez, grosero, se le dice «ordinario». Seguro que es por su uso reiterado —más o menos en privado— por las gentes de todos los tiempos: lo utilizan hombres y mujeres de cualquier clase social y sea cual sea su nivel cultural. En *Ulises* las llamadas recatadamente malsonantes se prodigan con amplitud. Son frecuentes los «tacos», otro motivo de rechazo para la sociedad mojigata.

(1,282), 1,284 y siguientes,) (un largo etcétera). Hijodeputa, cabrón, cornudo, coño, joder, jodi-do, puta,...

Con estas descripciones y expresiones Joyce se constituye —como desea— en el *enfant terrible* de la literatura contemporánea. Cochinadas y exabruptos son ladrillos para la construcción de una imagen. Construcción exitosa: su personalidad y sobre todo su libro primordial, son objetos de culto para sus seguidores (¿realmente lo han leído los que le rinden pleitesía?). En muchos países —también en el nuestro— existen clubes y asociaciones de adoradores del irlandés. El *Bloom's Day* es conmemorado todos los años con actos, conferencias, encuentros, festejos e intercambio de abrazos entre sus

fieles. El 16 de junio de 1904 es la fecha evocadora del *Bloom's Day*. Es el día en que Leopold Bloom conoce a Molly.

Joyce vivió la mayor parte de su vida fuera de Irlanda: Trieste (entonces Imperio Austro Húngaro), Zúrich, París....

Le es natural ser políglota. En *Ulises* se intercalan con demasiada frecuencia frases en francés (1,130), italiano (1,117), alemán (1,194), hebreo (1,112), gaélico (2,53) y latín y griego clásicos.

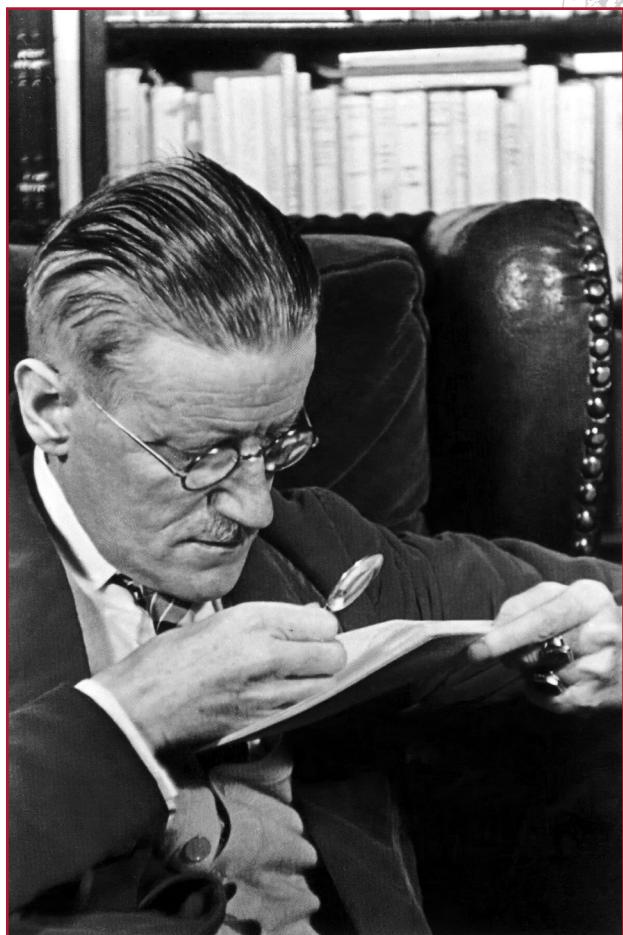
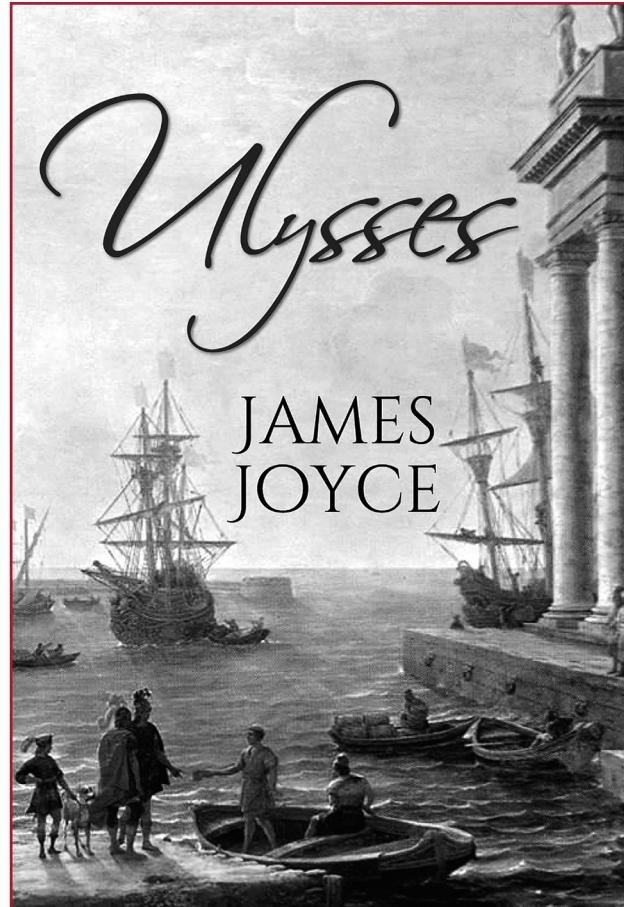
Conoce bien la cultura española. Cita a don Quijote y a Sancho. También utiliza a Baltasar Gracián con: «*Lo bueno si breve dos veces bueno*», aforismo que aparece en 1647 en el «*Oráculo manual y arte de prudencia*» (no copia su continuación: «*y aún lo malo, si poco, no tan malo*»). Aunque se acuerda de Gracián no le hace el menor caso, lo extenso y sinuoso de sus peroratas sería aplaudido por Luis de Góngora. No tengo referencias de una posible estancia de Joyce en España. Pero es de notar que en el libro recuerda con frecuencia a nuestro país y a los españoles. Sobre todo menciona la bahía de Algeciras y el Campo de Gibraltar. Al hablar de los habitantes de esta piel de toro extiende la trasnochada opinión romántica de los viajeros ingleses del XIX:

Los españoles, por ejemplo —continuó—, siendo temperamentos apasionados, impetuosos como Satanás, son dados a tomarse la justicia por su mano y a liquidarle a uno en un santiamén con esos puñales que llevan en el abdomen. Eso procede del gran calor, el clima en general. Mi mujer es, por decirlo así, española, a medias, mejor dicho. En realidad podría reclamar la nacionalidad española si quisiera, habiendo nacido (técnicamente) en España, esto es, en Gibraltar.

En renglones previos me comprometí a aclarar si aconsejaba o no la lectura del *Ulises* de James Joyce. Contesto remarcando que para ello es necesario considerar tres grupos o categorías:

- Lectores «normales» encasillados en cualquiera de las gradaciones educacionales o culturales. Es decir, la gran, gran, gran mayoría de los lectores. Consejo: ¡ni toquen el libro! Aunque su vacuidad no es contagiosa conviene ser prudente.
- Personas que se presumen muy cultas y aquellos intelectuales curiosos que quieren conocerlo todo aún a expensas de un supino aburrimiento. Recomiendo un «picoteo» indiscriminado por sus distintos capítulos. Si es en «lectura oblicua» mejor. Además, podrán decir que lo han leído.
- Profesores de literatura, profesionales del ramo, estudiosos de la evolución de las formas narrativas, «lectores/mártir» y un impreciso etcétera (la lista, aunque variada, acoge a muy pocos individuos). A estos aconsejo con vehemencia la lectura completa y meticulosa de la obra (mejor acompañados de papel y bolígrafo para ir anotando impresiones). Aprenderán mucho del *Ulises*, a costa de un fastidioso y pronunciado dolor de cabeza y de una notable fatiga.

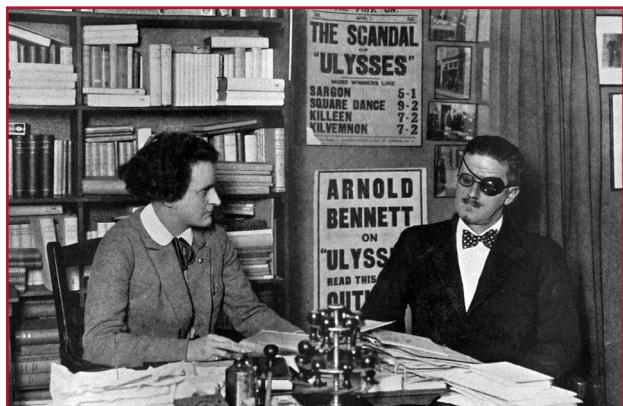
Las opiniones personales de cada quien son siempre eso: opiniones. Valoro mal a aquellos que meten en su almario solo los conceptos que coinciden con sus ideas sociales, religiosas, políticas o culturales (sin considerar, comprender o admitir doctrinas diferentes a la



Joyce en los últimos años de su vida. Zúrich. 1940-41

suya). Hemos dicho en otras ocasiones que la verdad es poliédrica, que tiene muchas facetas. Pido tolerancia con mis puntos de vista sobre la gran obra y la personalidad de James Joyce. He dicho lo que pienso.

P.S. (Citas entre paréntesis). La primera cifra (1 o 2) hace referencia a que el párrafo transcrita se encuentra en el primero o en el segundo tomo de la obra. La segunda (81, 144, 109, etcétera) cita la página en que se debe buscar. Todo ello en la edición: *James Joyce: «Ulises»*. Editorial Seix Barral, 1984. ISBN 84-3222-2013-2.



NEGOCIAR EUROPA. LAS CLAVES DE LA ADHESIÓN DE ESPAÑA A LA CEE

Jorge Lafuente del Cano

Profesor Titular de Historia e Instituciones Económicas de la UVa

El 1 de enero de 1986 se conmemora el 40º aniversario de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea (hoy Unión Europea). Un acontecimiento decisivo en la historia de nuestro país desde un punto de vista estratégico, político y económico. Hasta hace bien poco el proceso de construcción europea se entendía como una historia de éxito, reflejado en la ampliación de los 6 países fundadores a los 28. Sin embargo, la salida del Reino Unido en su famoso *Brexit* y el aumento de las críticas de los ciudadanos europeos hacia algunas políticas comunitarias han moderado este balance. Incluso en España —país europeísta por excelencia— por primera vez se oyen voces en la escena pública que no solo cuestionan la deriva comunitaria, sino también el propio proceso de integración español. Por ello resulta de interés recordar alguno de los elementos de la larga, dura y difícil negociación de España para acceder al Mercado Común.

Se debe partir de una premisa importante y a veces olvidada: España tenía mucho más interés en integrarse en la Comunidad Económica Europea que la Comunidad en recibir un nuevo miembro. Y esta realidad se apreció a lo largo de toda la negociación (1979-1985). Un proceso que coincidió, además, con una delicada situación española y comunitaria. Por un lado, España estaba afrontando el incierto cambio de régimen tras la muerte de Franco, con numerosos problemas adicionales: la situación económica, la descentralización territorial, el terrorismo... Por otro lado, todos los países comunitarios estaban afectados en sus estructuras económicas por el estallido de la crisis del petróleo (1973) y, además, se mostraban completamente desunidos ante la estrategia política que debía seguir la propia Comunidad: ¿debía resolver los problemas internos antes de afrontar una nueva ampliación? ¿O era mejor ampliarse y resolver después los problemas pendientes? La entrada de España —junto con Portugal y Grecia— suponía la segunda

ampliación de la Comunidad original, pues en 1973 ya se habían incorporado Reino Unido, Dinamarca e Irlanda. Aquella primera ampliación no había resultado sencilla, pues había supuesto una reorganización interna en cuanto al reparto de votos y al presupuesto. Algunos de esos asuntos (particularmente la contribución monetaria de Reino Unido) aún según negociándose cuando los tres países del Sur de Europa solicitaron su incorporación.

Y, sin embargo, los líderes europeos habían expresado públicamente el deseo de que España entrase en el Mercado Común, también como una forma de consolidar el nuevo sistema democrático. La España de Franco había conseguido un buen acuerdo económico con la Comunidad (el Acuerdo Preferencial de 1970), pero cualquier paso adicional había sido vetado hasta que cambiase el régimen. Ahora, tras la muerte del dictador y la celebración de las primeras elecciones democráticas, el Gobierno de la UCD volvía a llamar a las puertas de Europa. Pero no iba a ser un proceso sencillo.

El inicio de la negociación y el *giscardazo*

El sentimiento político y social en España era mayoritariamente europeísta. Es discutible hasta qué punto era una idea profunda o superficial, pero sin duda estaba extensamente difundida en la medida en que *europeísmo* se identifica con *modernización* y *democratización*. Uno de los consensos más profundos de los primeros Parlamentos de la Monarquía fue precisamente el de lograr la adhesión de España a la Comunidad Económica Europea. Fue también uno de los nexos comunes de todas las familias y sectores internos de la Unión de Centro Democrático. El Gobierno de Adolfo Suárez mostró pronto sus cartas: menos de un mes después de las elecciones generales de marzo de 1977, el ministro de Asuntos Exteriores



Leopoldo Calvo-Sotelo se reúne con el primer ministro belga ministro, Dries van Agt, en sus primeros meses como ministro para las Relaciones con las Comunidades Europeas (1978).

—Marcelino Oreja— presentó oficialmente la solicitud de entrada española.

Para preparar la negociación se creó en febrero de 1978 el nuevo Ministerio para las Relaciones con la Comunidades Europeas, cuyo primer titular fue Leopoldo Calvo-Sotelo. El Ministerio partió de una premisa clara: formar un equipo pequeño, pero bien cohesionado, que pudiese liderar el esfuerzo de la administración española en una estrategia que se consideraba de Estado y, por lo tanto, apartidista. Por ello la estrategia estuvo también claramente definida. Por un lado, «hacia adentro», tratando de unificar las posturas de todos los organismos del Estado y cuidando que todas las nuevas leyes tramitadas no tuviesen impedimentos con la legislación comunitaria (*acquis communautaire*). Además, se llevó a cabo una extensa campaña divulgativa hacia los partidos políticos, los organismos económicos y los ciudadanos: había que explicar de forma realista el proceso, pues el Mercado Común no iba a ser la panacea que resolvería todos los problemas económicos del país. Problemas que, por cierto, eran muy graves, con un preocupante aumento de la inflación y el desempleo, que llegaron a poner en riesgo el sistema democrático naciente.

Por otro lado, la estrategia «hacia fuera». El equipo negociador emprendió una intensa campaña diplomática con los organismos comunitarios y con los países miembros para explicar el cambio político en España, el compromiso europeísta español... y también para tratar de limar asperezas con aquellos países, como Francia e Italia, que podían temer la competencia agrícola española y, por ello, entorpecer la adhesión.

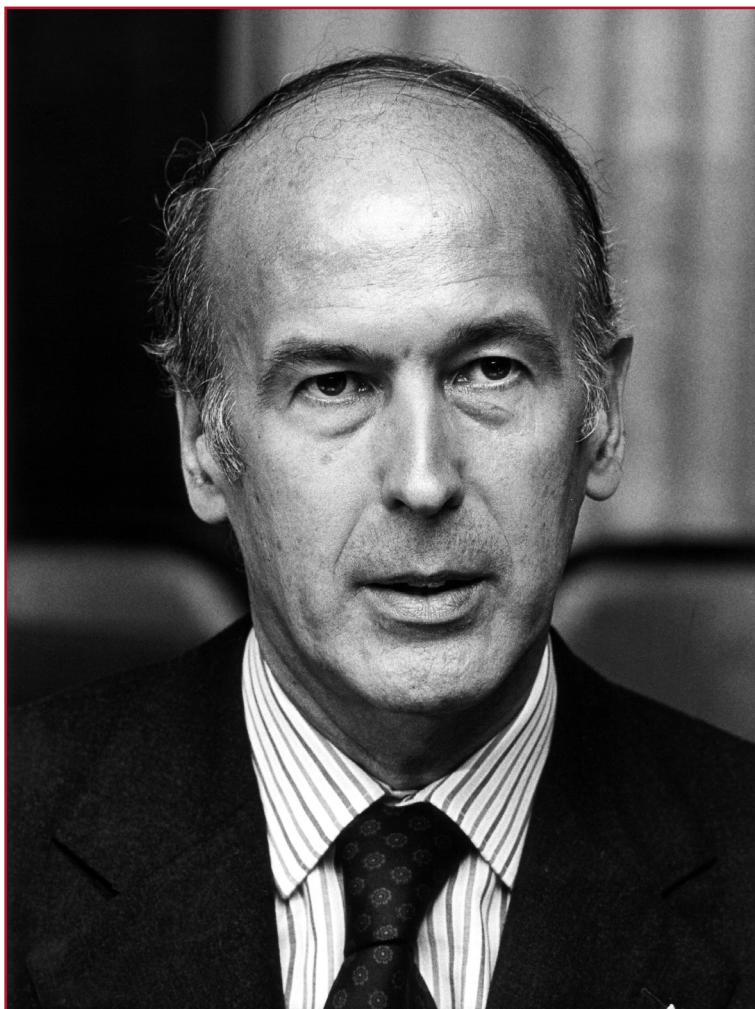
El equipo negociador inició su tarea cumpliendo los preceptivos cuestionarios comunitarios con

los que se ofrecería una radiografía completa y sectorial de la economía española. De esta manera, la Comunidad valoraría las posibilidades del país candidato y, eventualmente, daría luz verde a la negociación. Y así fue: el 29 de noviembre de 1978 la Comisión presentó el Dictamen favorable a la candidatura española. De esta manera, el 5 de febrero de 1979 fue el histórico día en que comenzó la negociación formal en Bruselas. Sin embargo, ese mismo día los negociadores españoles se dieron de brújulas con la realidad: a pesar de las buenas palabras, los intereses y rivalidades de los

países miembros iban a primar, alargando el proceso. El propio esquema de la negociación determinó este retraso. A iniciativa de Francia, la negociación española tuvo dos fases diferentes —algo que no había ocurrido en la primera ampliación comunitaria—: por un lado, la *vue d'ensemble* («visión de conjunto»), en la que los negociadores españoles y comunitarios revisarían conjuntamente todos los aspectos económicos del país candidato, sector por sector; por otro, una segunda fase en la que ya se podía acordar y cerrar los diversos capítulos de la negociación. Todos los intentos españoles por eliminar esa primera fase o por aligerarla fracasaron.

Esta inquietante situación se agravó notablemente el 5 de junio de 1980. En un discurso ante las Cámaras Agrarias, el presidente de la República Francesa Valéry Giscard d'Estaing propuso realizar una «pausa» en el proceso de ampliación comunitario. En nuestro país esta propuesta —rápidamente denominada el *giscardazo*— se interpretó como un «veto» a la entrada española. El contexto de la declaración de Giscard es importante: por un lado, unos países comunitarios seriamente afectados por la crisis económica y que no se ponían de acuerdo en la resolución de las cuestiones internas pendientes; por otro, la elección presidencial francesa de 1981, en la que la entrada de España en el Mercado Común se había convertido en un argumento electoral, precisamente en unos departamentos del país —que temían la competencia agrícola española— en los que se podía decidir la victoria electoral.

España inició una intensa campaña diplomática (en la que se llegó a barajar la ruptura de relaciones con



Valery Giscard d'Estaing, presidente de la República Francesa (1974-1981), trató de ejercer de padrino del rey Juan Carlos en sus primeros pasos como monarca, pero luego mantuvo una actitud equívoca con España en asuntos claves para nuestro país.

el país vecino), pero solo consiguió una solución de compromiso: pasados unos meses se retomó la negociación, iniciándose la segunda fase —la que permitía acordar y cerrar capítulos—, pero en la que quedaban excluidos los temas más sensibles (agricultura, pesca, presupuestos), que ni siquiera podían analizarse en la «visión de conjunto». Una pragmática solución que no ocultaba lo incierto del futuro.

Dos hechos pudieron cambiar esta situación: Por un lado, la victoria de François Mitterrand en las elecciones presidenciales de mayo de 1981. Sin embargo, no llegó a modificarse la actitud francesa y el nuevo presidente contribuyó a mantener el retraso negociador, con el veto expreso sobre el capítulo agrícola y solicitando nuevos informes (como el de los «tres sabios») que analizasen, una vez más, el impacto de la entrada española en el Mercado Común. Aunque excede los límites de este artículo conviene recordar que este asunto no era el único que enturbiaba las relaciones franco-españolas, pues la consolidación

del santuario etarra en el país vecino era una realidad.

El otro hecho fue el golpe de Estado del 23F, pues el nuevo Gobierno encabezado por Calvo-Sotelo trató de hacer ver a los socios comunitarios la fragilidad de la democracia española y la necesidad de consolidarla a través de la entrada en la CEE (y en la OTAN, como había prometido el nuevo presidente en su discurso de investidura). A pesar de todo, y de la nueva oleada de buenas palabras, la actitud de algunos países no se modificó. España consiguió cerrar 7 capítulos y dejó avanzados otros 7, pero 2 seguían vetados (agricultura y pesca). En esta última etapa del Gobierno de UCD se produjo un cambio en el equipo negociador: el Ministerio para las Relaciones con la CEE —cuyo segundo titular había sido Eduardo Punset, tras el ascenso de Calvo-Sotelo a la vicepresidencia económica— fue eliminado y se creó una Secretaría de Estado dentro de Exteriores —encabezada por Raimundo Bassols— para encauzar el proceso. Así se mantuvo hasta el final de la negociación de 1985.

La etapa socialista y el fin de la negociación

El PSOE obtuvo una rotunda victoria electoral en octubre de 1982, lo que dio lugar a un Gobierno sólido y fuerte, que contrastaba con el final del ejecutivo centrista, deshilachado por sus luchas internas. Se iniciaba así una nueva etapa negociadora, con Fernando Morán como ministro de Exteriores y Manuel Marín como secretario de Estado para las relaciones con la CEE. Morán desarrolló un peculiar estilo en el que se combinaban planteamientos de realpolitik con la defensa, acerada, de ciertos principios básicos sobre la posición que España debía ocupar en el mundo. En cuanto al equipo negociador, solo se mantuvo en parte, añadiéndose nuevos integrantes.

El nuevo equipo era consciente de las dificultades del proceso, pero estaba convencido de que la presencia de dos Ejecutivos socialistas en Madrid y París mejoraría de manera notable la perspectiva negociadora. En enero y julio de 1983 se produjeron las primeras reuniones bilaterales franco-españolas, en las que estuvieron representantes de las principales carteras ministeriales: Economía, Hacienda, Exteriores, Industria, Agricultura, Comercio, Cultura... En ellas se planteó también la cuestión de la negociación

comunitaria, pero lo cierto es que, a pesar de la cordialidad, la actitud francesa no se modificó de manera radical: se hizo patente que hasta que no se resolviese el conflicto interno de la Comunidad no se aceleraría su ampliación (al menos en el caso de España y Portugal, pues Grecia había conseguido desligarse y entrar el 1 de enero de 1981).

El año 1983 fue, por tanto, un año de continuidad de unas negociaciones que comenzaban a hacerse demasiado largas. Por ello cabía el riesgo de que la sociedad española se desvinculase emocionalmente del europeísmo, ante la certeza de que otros intereses primaban sobre las necesidades nacionales. Pero la situación de los negociadores españoles era delicada, al no contar con suficientes elementos de fuerza: España deseaba y necesitaba entrar en la CEE y no podía despilfarrar todo el capital invertido en los años de negociación.

Hubo que esperar hasta cuatro Cumbres comunitarias —Stuttgart (junio 83), Atenas (diciembre 83), Bruselas (marzo 84) y Fontainebleau (junio 84)— para que se desbloquease la cuestión presupuestaria, el reparto del dinero de la Política Agraria Común (PAC) y, con ello, la negociación española. El contexto del acuerdo comunitario es bien conocido: Gran Bretaña exigía un nuevo reparto en el presupuesto comunitario pues consideraba que aportaba más de lo que se beneficiaba. Por su parte, Francia temía un cambio sustancial en la PAC, que ocupaba cerca del 70% del presupuesto comunitario y de la que era principal beneficiario. Las posturas se habían enquistado y no parecía encontrarse una solución. Una vez deshecho el nudo de la negociación, con Gran Bretaña portando su famoso «cheque», la negociación avanzó de manera definitiva.

1985 se afrontó así como el año decisivo, en el que por fin se podrían tratar a fondo

cuestiones delicadas, como la agricultura. Con todo, no fue fácil, y los últimos meses estuvieron cargados de reuniones bilaterales y multilaterales que, en más de una ocasión, estuvieron a punto de suponer la ruptura de la negociación, especialmente por la presión de Francia e Irlanda en relación con las cuotas agrícolas y pesqueras de España. Una última reunión bilateral entre Fernando Morán y su homólogo francés Roland Dumas —que se mantuvo en secreto hasta mucho tiempo después— terminó de limar las últimas asperezas y el 22 de marzo se anunció el final de la negociación. Es un buen reflejo de algunos de los problemas del proceso negociador: los candidatos negociaban con la Comunidad, pero la auténtica fuerza residía entonces en unos países miembros que no siempre mostraban una misma dirección.

Por fin, después de años de espera, el presidente Felipe González, en presencia del rey Juan Carlos, firmó el Tratado de Adhesión de España, en una histórica ceremonia celebrada en el Palacio Real de Madrid. Era el 12 de junio de 1985.

Los resultados de la negociación y el impacto de la entrada de España en la CEE serán a partir de entonces objeto de numerosos análisis... pero eso es ya otra historia.



Felipe González, Fernando Morán y Manuel Marín durante la firma del Tratado de Adhesión de España a la CEE, culminando así la «vuelta a Europa» de España.

LA OPINIÓN PÚBLICA, MOTOR DE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

Celso Almuíña

Catedrático emérito de Historia Contemporánea de la UVa

*Caminante, no hay camino.
Se hace camino al andar.*

A. Machado

Aunque los medios de comunicación no son los únicos instrumentos en la configuración de las opiniones públicas. No obstante, sí son imprescindibles y, en casos, hasta determinantes. La segunda cuestión que necesita aclaración es bajo el término *Transición* a qué periodo cronológico nos referimos; o sea, la etapa de transición de la dictadura a la democracia en España. Podríamos, incluso, hablar de una etapa pre transitória, canto de cisne del franquismo (primer quinquenio de los años setenta, exactamente a partir de 1973 tras la desaparición de Carrero Blanco). Un segundo momento, constituyente, de ley (dictatorial) a la ley (democrática) (1976-1982). Un tercero, centrado en la compleja tarea de *aggiornamento* democrático interno y la inserción de España en el Mercado Común Europeo (futura Unión Europea) de la mano del PSOE (1982-1996), final de la transición; interpretación que hago mía. No obstante, no faltan los que consideran que el ciclo no se cierra hasta que no se produce la alternancia política con la llegada del PP al gobierno (1996-2004). Sea como fuere, aquí nos vamos a centrar en los años claves que van de la pre transición (1973) a 1981 (23-F, tejerazo). Golpe de estado que también para los medios de comunicación social supone una cesura entre

un antes (rescoldos de la dictadura) y un después (inicio de aprendizaje de andar democrático).

Una nueva etapa también para los medios de comunicación social. Ciertamente hay que reconocer que han existido otros muchos factores, fuerzas, asociaciones y personas en el proceso de transición de la dictadura franquista a la monarquía democrática. Sin embargo, de no existir un contexto social permeable, labor de zapa de ciertos medios de comunicación, cuando menos el cambio (petrificado durante cuarenta años por propaganda unidireccional) todo intento muy posiblemente hubiese fracasado y/o derivado por caminos reaccionarios de agoreros del catastrofismo. En esta labor de conformación de opiniones públicas los medios de comunicación social juegan, sin duda, un papel imprescindible.

El camino hacia la democracia en España, a diferencia de Portugal que parte de un «corte» revolucionario (1974), es de transición (evolución legal) de la ley (franquista) a la ley (democrática). No hay, al menos teóricamente, una cesura brusca entre el largo «antes» y un no escrito abierto. No obstante, durante los años 1976 a 1978 se fragua la clave del nuevo sistema. La vieja legalidad se desembrida, pilotada por Suárez, con



El 20 de diciembre de 1973 ETA detonó tres cargas explosivas al paso del presidente de gobierno que falleció en el acto.



la Ley para la Reforma Política y primeras elecciones democráticas (1977).

En cuanto a los medios de comunicación –prensa, radio y televisión– hay que tener en cuenta que con lo se topa la transición hacia la democracia es el aparato propagandístico casi intacto heredado del franquismo. La muerte de Franco no supone de forma taumática la transformación de las viejas estructuras comunicacionales (empresas, periodistas, colaboradores, etc.) de la noche a la mañana. Sin olvidarnos de unos receptores (ciudadanos) ahormados durante cuarenta años en una única ideología político-religiosa (nacionalcatolicismo); lo que imprime carácter y en algunos grupos hasta indeleble.

El franquismo levanta una nueva estructura empresarial, incautación de medios de la izquierda y creación de nuevas empresas, depuración de periodistas y un rígido sistema de censura y control como hasta entonces no se había conocido. Y ya es decir. Muy similar en cuanto a control de Lenin en Rusia; diferencia, aquí no se permiten medios privados. Y más duro, incluso, que la prensa bajo Mussolini y/o Hitler.

De los grupos mediáticos con los que se encuentra la *Transición*, podemos citar en primer lugar a los medios gubernamentales y, dentro de éstos, a los falangistas; liderados por *Arriba* y medio centenar más de cabeceras (una por provincia) extendidas por toda la geografía española. En Valladolid ese papel le corresponde a *Libertad* (+1979). Este diario, por mor de haber sido fundado por Onésimo Redondo, consigue capear las múltiples amenazas de cierre por ser el periódico con más déficit relativo (*Arriba*, en números totales) de toda la Cadena del Movimiento. En el terreno radiofónico la emisora falangista, dependiente directamente de la Secretaría General del Movimiento es la *Cadena Azul de Radio Difusión* (CAR), que juega un papel relativamente importante en su acotado campo.

Por parte de la otra familia gubernamental, el carlismo, destaca *El Correo Español-El Pueblo Vasco* y en menor medida el *Pensamiento Navarro* (+1981); ambos de fuerte implantación en el área vasco-navarra tan importante para la sublevación.

En cuanto a la prensa católica, otra denominada «buena prensa», con implantación en todas las capitales (diócesis) atiende a la amplia parroquia de



Adolfo Suárez, director general de Radiodifusión y Televisión (RTVE) de 1969 a 1973

creyentes. Al frente y con alcance nacional se encuentra el diario *Ya*. Bastante más conservador que su predecesor y padre *El Debate*. En Valladolid, el portavoz del nacionalcatolicismo es el *Diario Regional* (+1980), que consigue prolongar su asmática existencia gracias a las constantes inyecciones económicas del arzobispado y/o de algunos destacados benefactores como el carlista Justo Garrán (diputado a Cortes por Navarra). En el terreno radiofónico, la COPE, que siguen añorando el pasado nacionalcatolicismo, desempeña un papel no despreciable ante importantes segmentos sociales.

No obstante, no es menos verdad, que, por caminos religiosos paralelos, pero no coincidentes, circula la interesante revista mensual, dirigida por (ex) ministro Ruiz Giménez, *Cuadernos para el Diálogo*, que apuesta claramente por un futuro cuando menos plural. Interesante foro de debate de intelectuales desde perspectivas democráticas. Dentro de este mismo sector podemos encuadrar al *Diario Madrid* comandado por Calvo Serer (Opus), cuya línea heterodoxa, al menos para el ministro Fraga, le acarrea multas, cierre, clausura y destrucción incluso del mismo edificio.

Por lo que se refiere al otro pilar del régimen, la familia militar, que desempeña un papel clave con importantes sectores involucionistas (23-F, 1981). Pese a que desde mediados del siglo XIX hasta la Segunda República había contado con hasta cinco cabeceras (*El Correo Militar*, *La Correspondencia Militar*, *El Ejército Español*, *Ejército y Armada* y *Heraldo Militar*), triunfante el régimen militar inaugurado por Franco, en contra de lo que cabría esperar, no se permite que salga a la palestra pública ni un solo periódico militar. Las posibles tensiones internas dentro de la familia quedan. Lejos del Caudillo está el sacar a debate público cuestiones internas. Intocables. Indiscutibles. Incluso



El teniente coronel de la Guardia Civil, Antonio Tejero irrumpiendo pistola en mano en el hemiciclo del Congreso de los Diputados.
Lunes, 23 de febrero de 1981

peligrosas si asoman grietas. Es gracias al teniente general y vicepresidente Gutiérrez Mellado –ministro con Adolfo Suárez– el que permite, no sin gran oposición interior, que la prensa comience a ocuparse de cuestiones militares. El abandero es *Diario/16* (1976) de Fernando Reinhein –militar y periodista– dirigido sucesivamente por Miguel Ángel Aguilar y Pedro J. Ramírez. También se puede incluir a *Nuevo Diario* y *Doblón* (Martínez Soler); los que sufrirán más de una reprimenda con secuestros incluidos. A partir de 1977, de forma lenta y comedida, el campo de juego comienza a ensancharse en este determinante sector castrense hasta el momento totalmente privativo.

Nos queda por hacer referencia a un grupo de periódicos denominados por el régimen como «prensa de empresa». Consentidos precisamente para que el régimen no sea tachado de «dictatorial» a semejanza de los regímenes comunistas (monopolio). Así, al menos, oficialmente se puede presumir de libertad (pluralidad) de prensa; aunque toda sometida a rígida censura. Es verdad que la censura en cierto modo se suaviza un tanto a partir de la ley Fraga (1966); la cual, sin suprimir la censura previa –en adelante voluntaria– carga toda la responsabilidad en la figura del director, que le convierte de *facto*, por simple supervivencia, en censor interno de su propia publicación. En Valladolid ese papel de «prensa de empresa» le corresponde al albista (izquierda liberal) *El Norte de Castilla*. Una cincuentena de periódicos, con este marchamo (ciertamente diversos) se encuentran repartidos por todas las provincias; a los cuales, en el mejor de los casos se les permite una cierta crítica al funcionamiento de las administraciones; pero nunca desde luego a los principios indubitables y/o personas del régimen.

Hay al menos dos diarios importantes, cada uno hace la guerra por su cuenta; aunque siempre desde luego dentro de más estricto oficialismo, que se salen en cierto modo de encasillamiento anterior, nos referimos a *ABC* con indeleble monarquismo conservador desde su mismos orígenes (1905). Por otra parte,

el vespertino *Pueblo* (+1983), diario oficial de los Sindicatos Verticales, comandado por Emilio Romero; el cual, en determinados momentos se presenta como un «fuera de juego»: o sea, defensa del «obrero», eso sí, dentro del régimen franquista (auténtico oxímoron); rebelde sin alternativa que defender. Gran tirada y no pequeño impacto social.

Dentro del cerrado espectro ultra –mirada exclusivamente por el retrovisor– siguen malviviendo pequeños portavoces. Sin embargo, capaces de meter gran ruido perturbador dentro del desnortado sistema informativo del momento. Como ejemplo podemos citar al vallisoletano Girón de Velasco, líder de la *Confederación Nacional de Excombatientes*, editor de *El Alcázar*. A su lado, otros como *El Imparcial* o el mismo *Informaciones*.

Por la izquierda, obviamente en dirección contraria a los anteriores, aunque funcionando más como boletines internos que propiamente periódicos, están las revistas: *El Mundo Obrero* (PCE) y *El Socialista* muy críticos desde la izquierda con el modelo transaccional que se está fraguando.

Con este ecosistema comunicacional se encuentran los promotores del cambio. La inmensa mayoría (empresas y periodistas) persisten anclados en el pasado. Cualquier cambio, por moderado que sea, se juzga improcedente por miedo a poner en riesgo consolidados intereses ideológicos, empresariales y no menos personales. No pequeño problema social se suscita al tener que asignarles fuera del periodismo ocupación «vivencial» a las amplias redacciones de la prensa del Movimiento reconvertidos automáticamente en funcionarios.

De toda los medios españoles el que mayor papel juega en dirección democrática es sin duda el recién creado *El País* (17 de mayo de 1976), dirigido por el joven periodista Juan Luis Cebrián, que pronto se convierte en el primer diario español en tirada e influencia. A su lado, *Diario/16*, especialmente por lo que se refiere a temas militares. Su aportación es igualmente notable. En cuanto a *El País* se convierte

en un segundo parlamento, «parlamento de papel». La mayoría de los temas importantes salen a la palestra primero en el periódico y según reacciones generadas se detienen o se pasan a debatir en Cortes.

Nos queda referirnos a la radio, puesto que su papel es también importante a lo largo del proceso. Siguiendo la misma metodología de seleccionar aquellos aspectos y/o momentos en que cada medio juega papel protagonista, el hito culminante de la radio, aparte de su papel en las campañas electorales e incluso en la información diaria, llega el 23 de febrero de 1981; cuando un grupo de militares reaccionarios, con el apoyo de un mínimo sector social, da un golpe de Estado durante la tarde/noche del 23/24 de febrero. La parte más visible de la trama golpista, pero no la única, es la toma del Congreso de los Diputados en plena votación para elegir a un nuevo gobierno (Calvo Sotelo) por un grupo de Guardias Civiles al frente de los cuales figura un teniente coronel (A. Tejero), bien conocido por su ideología y por los escarceos previos. Sin embargo, nadie podía sospechar que hubiese llegado tan lejos, con el apoyo de destacados militares como Milans del Bosch, Armada, etcétera. Durante esa noche la Cadena SER, que está transmitiendo en directo la sesión de votación, lo que le permite dar la noticia en riguroso directo. No se debe olvidar que, dentro del Palacio de las Cortes, no solo están los representantes de la nación (diputados y senadores) sino también el Gobierno en pleno. Son los subsecretarios (escalón inmediatamente inferior a ministro) los que ante la inaudita situación se convierte en «subgobierno» de emergencia, que no tiene más remedio que tomar las riendas de la situación. Valiente asunción de responsabilidades que resulta muy importante para abortar el golpe. Gracias a la radio, los secuestrados –por medio de un par de transistores de sendos diputados– están al tanto de cómo transcurren los acontecimientos en el exterior.



Portada de *Diario 16*, 24 de febrero de 1981

No menos importante es el papel desempeñado por TVE, gracias a un cámara, que se juega la vida, al conseguir disimular que se había cortado la retransmisión; mientras una cámara sigue grabando. Imágenes impagables, notario de una kafkiana realidad, que, sin ellas, a buen seguro, se hubiese puesto en duda muchos aspectos de la violenta intervención (Golpe de estado).

No deja de ser paradójica la situación y aleccionadora. Frente a un minoría motora: TVE para elecciones, la SER en el campo radiofónico (información) y el recién creado *El País (parlamento de papel)* y *Diario/16*, junto con algunas revistas como *Cuadernos* (+1978) o *Triunfo* (+1982) el gran aparato propagandista franquista se halla intacto. Sin embargo, este «Goliath» desmotivado, desnortado y sin objetivos de futuro en los que creer; salvo una minoría inquebrantable que pretende seguir al mando. El triunfo es de los convencidos y decididos. Sin olvidarnos que de fondo hay otras renovadoras fuerzas empujando en la misma dirección.

Los medios innovadores también están ahí. El pueblo español sin ellos, máxime teniendo en cuenta la remora heredada, muy probablemente hubiese tenido que circular por tortuosas sendas. Sin medios de comunicación libres es inviable un sistema que realmente se llame democrático. Momento paradigmático donde los haya.

Para saber más:

ALMUIÑA; Celso: «La opinión pública como motor de la transición española (1975-1982)». *La transición a la democracia: estudios, testimonios y reflexiones*. Madrid, Editorial CSED, Universidad Rey Juan Carlos, 2016.

MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo: *Cuestión de tijeras. La censura en la transición a la democracia*. Madrid, Síntesis, 2008.

MARTÍN JIMÉNEZ, Virginia: *Televisión Española y la Transición democrática: La Comunicación política del Cambio (1976-1979)*. Valladolid, Ed. Universidad de Valladolid, 2013.

REGUERO SANZ, Itziar: «La prensa de Madrid durante la Transición a la democracia. Historia y funcionamiento interno de *ABC*, *Diario 16* y *El País*». *Historia y comunicación social*, Vol. 27, N.º 1 (2022).

EL IMPERIO DEL SABER DE FELIPE II: LA HISTORIA OLVIDADA DE LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA DEL RENACIMIENTO

Fernando Davara Rodríguez

General de Artillería (R) Doctor en Ingeniería Informática
Presidente de la Fundación Española Digital

Entre telescopios y mapas; mientras Galileo y Newton descifraban el cosmos, los ingenieros y cosmógrafos de la Monarquía Hispánica daban forma material al conocimiento científico.

Una ciencia sin héroes; una historia mal contada

Entre el final de la Edad Media y el amanecer de la Modernidad, Europa vivió una sacudida intelectual sin precedentes que transformó la manera de entender el conocimiento y la visión del mundo: el Renacimiento, impulsado por el Humanismo y la Revolución Científica.

Al abordar el fenómeno de esta última, la Revolución Científica, habitualmente se repite una versión, aceptada a veces como la historia oficial, que nos muestra como la modernidad comenzó en el centro y norte de Europa asociada a figuras concretas como el modelo heliocéntrico de Copérnico, el telescopio de Galileo, las leyes del movimiento planetario de Kepler y la manzana de Newton, genios solitarios que protagonizaron el nacimiento de la ciencia moderna, en la que la España de Felipe II aparece de forma marginal, cuando no omitida, anclada en la ortodoxia y la tradición.

Este relato histórico es una percepción engañosa ya que resulta difícil imaginar que el imperio más poderoso de Occidente no tuviera una cultura científica que le permitiera alcanzar grandes logros y tampoco se sostiene con hechos pues olvida que además de esa ciencia «revolucionaria» se desarrolló otra forma de ciencia, innovadora y decisiva para la transformación del conocimiento europeo.

Mientras la ciencia en Europa del norte se articuló en torno a grandes nombres, convertidos en símbolos históricos, centrados en formular leyes universales y en establecer el método científico, la Monarquía Hispánica intervino en la transformación del conocimiento técnico-científico forjando todo un entramado de ciencia colectiva, basada en la observación, la medición, la

clasificación y la aplicación del saber, orientada a fines prácticos, que no se estructuró en torno a figuras aisladas, sino en un entorno distinto: el del Estado, el poder, los grandes Consejos de gobierno, la administración e instituciones estatales, las academias técnicas y la experiencia práctica a gran escala en un laboratorio global.

El Imperio necesitaba saber para gobernar

Felipe II heredó y gobernó un imperio sin precedentes por su extensión y complejidad. Desde la Península Ibérica hasta Filipinas, desde los Países Bajos, Sicilia, Nápoles, Oran y Túnez, ..., hasta el virreinato del Perú y el de la Nueva España, la Monarquía Hispánica se extendía por continentes, climas y culturas radicalmente distintas. Administrar ese espacio exigía algo más que leyes y ejércitos: demandaba no solamente disponer de información, sino también de su aplicación a contextos específicos, es decir, conocimiento sistemático del espacio, tiempo y de la naturaleza, y también de la capacidad de comprenderla y aplicarla según sus propósitos, lo que significa saber.

La ciencia se convirtió así en una necesidad política. Conocer los mares, los vientos, las costas, las poblaciones, las plantas, las enfermedades y los recursos dejó de ser una curiosidad intelectual para convertirse en una cuestión de Estado. Felipe II entendió que la información y el conocimiento técnico eran herramientas del poder estatal y para ello, a diferencia de otros contextos europeos donde la ciencia se desarrolló sobre todo en universidades o círculos privados, en la España del siglo XVI el saber técnico se integró en la administración con una clara vocación institucional.

Nunca antes un poder político había necesitado saber tanto sobre el mundo para poder gobernarlo. Y nunca antes la ciencia había estado tan estrechamente ligada a la administración, a la técnica y al ejercicio del poder.

Cosmógrafos, matemáticos, médicos, naturalistas e ingenieros fueron funcionarios del saber al servicio de la Corona trabajando en una amplia red de instituciones que centralizaron el saber científico institucionalizado como instrumento de gobierno.

El Escorial: El primer «think tank» de la modernidad

Comúnmente se ha representado el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial como el símbolo del misericordia y el retiro de Felipe II. Sin embargo, para la ciencia del siglo xvi, este edificio funcionó como un laboratorio de vanguardia, un centro neurálgico de inteligencia, cultura y administración, donde el saber se transformaba en poder. No era solo piedra y fe; era una sofisticada maquinaria de producción, gestión y aplicación del conocimiento para gobernar un imperio.

En su interior, la Real Biblioteca no fue concebida como un simple depósito de libros, sino como un centro de saber universal y herramienta de consulta activa que albergaba códices antiguos, manuscritos de matemáticas, astronomía, alquimia y medicina de toda Europa y ejemplares de textos científicos árabes y griegos destinados a su traducción y estudio, constituyendo una de las colecciones más avanzadas de su tiempo. Allí el conocimiento no estaba estancado: se estudiaba para ser aplicado a la ingeniería de minas, la arquitectura y la gestión del territorio.

Incluso los jardines y las boticas del monasterio formaban parte de este ecosistema científico. En sus laboratorios químicos se procesaban las plantas que llegaban de las expediciones americanas, buscando medios farmacéuticos que revolucionarían la medicina europea.



Imagen: Vista del Monasterio de El Escorial; Michel Ange Houasse (h. 1722) Museo Nacional del Prado (www.museodelprado.es)

El Escorial no era, por tanto, un refugio contra el mundo moderno, sino que fue concebido como un centro de saber universal desde el cual se intentaba comprender, medir y gobernar la complejidad del Imperio.



Arte de navegar (Pedro de Medina) Valladolid 1545. Imagen procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España

La Academia de Matemáticas de Madrid; la fábrica de científicos del siglo XVI

Fue en el entorno del Monasterio donde cobró vida la Academia de Matemáticas de Madrid, impulsada por Juan de Herrera, arquitecto de El Escorial. Bajo el patrocinio directo del monarca, esta institución formó a cosmógrafos, artilleros e ingenieros militares y técnicos del Estado, en disciplinas físico-matemáticas, como geometría, mecánica y astronomía, con un enfoque eminentemente práctico.

La Academia significó una revolución intelectual al introducir el modelo del «nuevo saber», que puso en contacto la teoría con la realidad, y trajo consigo al «nuevo sabio», un científico experimental que ya no es solo un teórico, sino que diseña y utiliza nuevos instrumentos, o se forma en el arte de navegar o para la defensa del Estado.

Aquí, la ciencia dejó de ser una curiosidad filosófica para convertirse en una disciplina rigurosa aplicada a la arquitectura, la balística y la fortificación. Las fundiciones para la artillería, el cambio en las geometrías defensivas en las fortificaciones y las grandes obras arquitectónicas del periodo reflejan esta mentalidad científica.

La Casa de la Contratación de Sevilla: El laboratorio del mundo global

Si El Escorial era el cerebro intelectual del Imperio la Casa de la Contratación de Sevilla fue su brazo ejecutor y el centro neurálgico de la ciencia aplicada. Fundada para gestionar el comercio con las Indias, pronto se transformó en una institución avanzada, uno de los principales centros científicos del Renacimiento. La navegación oceánica no podía depender de la improvisación; determinar la latitud, calcular rumbos o registrar corrientes exigía observación sistemática y experiencia acumulada y requería astronomía aplicada, matemáticas, cartografía precisa e instrumentos fiables.

Allí se formaban los pilotos que cruzaban el Atlántico, se elaboraban cartas náuticas y tablas y se revisaban instrumentos de navegación. El cargo de Piloto Mayor no era solo administrativo, sino científico. Su misión era supervisar el Padrón Real, un documento vivo y dinámico, actualizado de forma continua, a modo de base de datos a gran escala del imperio. Cada capitán que regresaba de América o Filipinas tenía la obligación de informar sobre nuevos arrecifes, corrientes y tierras. Viaje tras viaje, se fue acumulando una experiencia empírica transformada allí en conocimiento sistemático, esfuerzo sostenido que convirtió a España en la principal potencia científica en el ámbito de la navegación durante gran parte del siglo XVI.

Historia natural; descubriendo la diversidad del Imperio

Uno de los aspectos científicos más sorprendentes de la era de Felipe II evidencia que la curiosidad de la Corona española no se limitaba a la navegación y los mapas. Cuando en Europa la zoología y la botánica se basaba en gran medida en los textos del saber antiguo, la llegada a América obligó a replantear la comprensión de la naturaleza; plantas, animales y minerales desconocidos desbordaban los esquemas tradicionales.

En este nuevo entorno España fue el primer Estado europeo que tuvo que afrontar este desafío a gran escala y, para hacerlo, Felipe II impulsó un cambio de paradigma: la observación directa y la experimentación a escala continental.



Expedición de Francisco Hernández al Virreinato de la Nueva España
Cortesía del Blog España Ilustrada

Naturalistas y cronistas desarrollaron una nueva forma de historia natural basada en la descripción minuciosa y en la comparación. Este conocimiento se integró en jardines botánicos, herbarios y farmacopeas, transformando la medicina y la botánica europeas. La ciencia española no solo descubrió nuevos objetos de estudio, sino que amplió los límites de lo que se consideraba conocimiento natural.

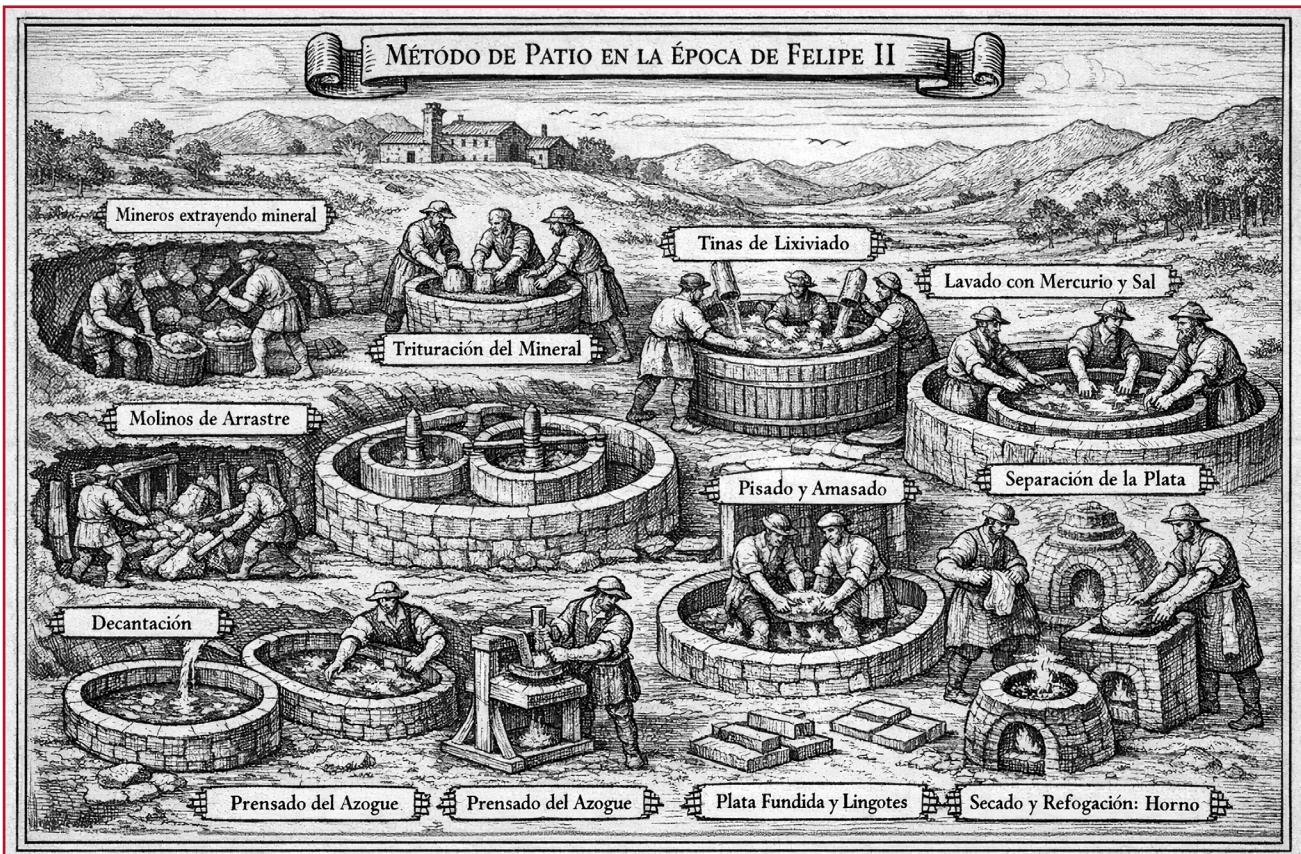
Cartografía para dominar

La cartografía española del reinado de Felipe II no fue un arte decorativo ni una mera curiosidad intelectual. Fue una herramienta estratégica para ejercer el poder. El mapa significaba conocer y conocer significaba controlar, algo indispensable para un territorio inmenso y diverso.

A diferencia de otros reinos europeos la Monarquía Hispánica desarrolló una cartografía secreta, estratégica, orientada a la administración y a la defensa. Los mapas no se imprimían indiscriminadamente: se archivaban, se corregían y se utilizaban como instrumentos de decisión política y militar.

El proyecto de las Relaciones Geográficas, iniciado en la década de 1570, fue una de las primeras encuestas geográficas y estadísticas de la historia moderna. representando uno de los momentos más ambiciosos de esta ciencia territorial. A través de cuestionarios enviados por la Corona a ciudades y pueblos de América se recopiló información detallada sobre geografía, clima, recursos naturales, datos sociales, población, enfermedades y estructuras urbanas. Se trataba de una verdadera radiografía del imperio.

Este esfuerzo, que permitía una visión administrativa y territorial sin precedentes, supuso un paso decisivo hacia formas modernas de conocimiento estadístico y de gestión, basadas en datos sistemáticos y comparables, siendo hoy en día una fuente histórica de enorme valor.



Nota. Imagen generada con ChatGPT a partir del prompt: «Imagen del Proceso o Método de Patio de la época de Felipe II»

La metalurgia; la técnica minera alimentó al Imperio

Una parte importante de la ciencia aplicada de la época se centraba en la minería. El dominio del Imperio dependía de la plata cuya extracción de forma eficiente requería innovaciones químicas de primer orden. Su extracción en las colonias americanas alcanzó su apogeo durante este período en minas de gran importancia como las de Potosí (Bolivia) y Zacatecas (Méjico).

La innovación tecnológica más significativa fue el denominado Método o Proceso de Patio creado por Bartolomé de Medina en México para extraer plata de minerales triturados, mezclando estos con mercurio, sal y otros químicos en grandes patios, para luego lavar y hornear la amalgama resultante y obtener plata pura.

Esta técnica, probablemente, la mayor innovación tecnológica en este campo del siglo xvi, no fue un hallazgo casual, sino el resultado de una experimentación constante con la termodinámica y la química de los metales. Revolucionó la minería colonial, permitiendo explotar de forma rentable yacimientos de baja ley que antes eran desechados, aumentando drásticamente la producción en la Nueva España permitiendo que la plata de América fluyera por el continente europeo.

La actividad minera en la península fue menos espectacular pero igualmente importante, destacando las minas de mercurio de Almadén, necesarias para el tratamiento de la plata americana, las de hierro en el Norte y las de cobre, plomo y otros minerales en varias regiones españolas.

Pero la metalurgia en la época de Felipe II fue mucho más que minería: fue una infraestructura estratégica que sostuvo la economía, la guerra, la ingeniería, la administración y la expansión global del Imperio. En este también se produjeron avances muy notables en la fundición de cañones, fabricación de armas blancas y de fuego, producción de munición, refuerzo de fortificaciones, herramientas de construcción y por supuesto en la construcción naval.

Conclusión: El secreto de Estado y el precio del silencio

Si la España de Felipe II fue la cuna de tantas innovaciones es pertinente plantearse una pregunta: ¿por qué los nombres de sus científicos no figuran hoy junto a los de Copérnico, Galileo, Kepler o Newton?

La pregunta suscita varias respuestas. En primer lugar, la ciencia hispánica fue una ciencia de Estado secreta. Para Felipe II el conocimiento era una cuestión de seguridad nacional. Un mapa preciso de las corrientes del Pacífico o una fórmula química para purificar la plata no eran teorías para ser debatidas en universidades extranjeras; eran secretos industriales que sostenían la hegemonía del Imperio. Mientras los científicos del norte publicaban sus hallazgos para obtener prestigio, los cosmógrafos españoles trabajaban bajo juramento de confidencialidad en la Casa de la Contratación.

En segundo lugar, la posteridad fue escrita por los vencedores intelectuales de los siglos posteriores. La «Leyenda Negra» no solo distorsionó la labor política de España, sino que borró sus méritos intelectuales, proyectando la imagen de una nación fanática y ajena a la razón. Se impuso la idea de que la modernidad solo podía ser hija de la Reforma protestante y del pensamiento anglosajón o francés.

Esta argumentación la refuerza el cambio posterior en la forma de entender qué es la ciencia. A partir del siglo XVII el prestigio se desplazó hacia la formulación teórica y a la transformación de lo real en pensamiento matemático abstracto, relegando la ciencia aplicada y administrativa, a lo que se sumaron factores políticos, culturales y religiosos que simplificaron el relato. España pasó de ser el centro del mundo a ocupar un lugar periférico en la narrativa del progreso científico.

Sin embargo, los hechos son irrefutables; los archivos, los mapas, los tratados técnicos y las expediciones siguen ahí. Galileo no habría podido imaginar sus leyes sin los avances en la medición del tiempo y el espacio que exigió la navegación transoceánica, ni la botánica moderna existiría sin el herbario monumental de las Indias.

La aportación de la España de Felipe II a la Revolución Científica del Renacimiento fue profunda, estructural y decisiva. No se expresó principalmente en figuras individuales ni en rupturas teóricas espectaculares, sino en la creación de un sistema científico integrado en el Estado. Desarrolló una ciencia de la observación, de la medición y de la aplicación, capaz de operar a escala global, institucionalizó el conocimiento, profesionalizó a los expertos y convirtió la ciencia en una herramienta de gobierno.

Reconocer esta contribución no implica negar otras tradiciones científicas, sino ampliar el marco interpretativo. La Revolución Científica no fue un fenómeno homogéneo ni exclusivamente intelectual, ni nació solamente en el laboratorio o en tratados teóricos. Fue también administrativa, técnica y material, estableciendo todo un proceso de reformas que dieron origen a la ciencia actual. En esa revolución la España de Felipe II no fue un actor secundario o marginal, sino que en sus principales escenarios prácticos ocupó un lugar central.

Protagonistas de la Ciencia Hispana bajo Felipe II

Para comprender el alcance de esta época, es imprescindible rescatar del olvido a las personas que hicieron posible la transformación del conocimiento técnico-científico del Imperio. Comenzando por el impulsor del saber, Felipe II, todas ellas conforman un

movimiento intelectual de tal amplitud que su enumeración desbordaría los límites de este artículo, razón por la que se sintetizan en los siguientes:

- **Alonso de Santa Cruz (Cartografía e Instrumentación):** Cosmógrafo mayor de Felipe II, elaboró mapas y globos terráqueos, inventó instrumentos de navegación y desarrolló innovadores sistemas de proyección cartográfica. Sus trabajos sobre la variación de la brújula fueron fundamentales para la seguridad de las rutas transatlánticas.
- **Bartolomé de Medina (Química y Metalurgia):** Desarrolló en Pachuca (Méjico) el Método o Proceso de Patio que revolucionó la extracción de plata. Fue la innovación tecnológica más rentable de la Edad Moderna.
- **Cristóbal de Acosta (Medicina y Botánica):** Médico y naturalista, figura clave de la medicina renacentista española, Autor del *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales*, estudió plantas medicinales de Asia, África y América, contribuyendo a introducir nuevos medicamentos y conocimientos botánicos en Europa.
- **Cristóbal de Rojas (Ingeniería militar y matemáticas):** Especialista en fortificaciones modernas, autor del tratado *Teórica y práctica de fortificación*, aplicando los nuevos sistemas defensivos frente a la artillería que incorporaron los avances de la ingeniería científica aplicada a la guerra.
- **Francisco Hernández de Toledo (Botánica y Medicina):** Considerado pionero de la botánica moderna. Lideró la primera expedición científica de la historia moderna a América. Su estudio sobre la flora mejicana fue tan avanzado que sus clasificaciones siguieron vigentes hasta la llegada de Linneo en el siglo XVIII.
- **Juan de Herrera (Arquitectura, Matemáticas e Ingeniería):** Más allá de su labor como arquitecto de El Escorial, fundó la Academia de Matemáticas de Madrid. Fue un impulsor de la geometría aplicada y la ingeniería de máquinas, elevando el estatus del técnico a la categoría de científico real. Representa la unión entre ciencia, técnica y poder político.
- **Juan López de Velasco (Cosmografía, Geografía y Estadística):** Fue el gran gestor de datos del Imperio. Creó las *Relaciones Topográficas*, un ambicioso proyecto de recopilación de información de cada rincón de los dominios de Felipe II, utilizando encuestas y métodos estadísticos siglos antes de que la sociología o la geografía moderna existieran.
- **Rodrigo Zamorano (Matemáticas, Astronomía y Navegación):** Cosmógrafo mayor de la Casa de Contratación de Sevilla, fue esencial en la formación científica de los pilotos del Imperio. Elaboró cartas náuticas y tratados matemáticos y tradujo y actualizó el *Compendio de la arte de navegar*.

TÁNGER, CIUDAD INSPIRADORA

Alberto Gómez Font

Académico correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española

Algo debe de tener la ciudad de Tánger para haberles servido de inspiración a tantas y tantos escritoras y escritores hasta llegar a convertirse en un lugar literario por excelencia en el que suceden muchísimas historias, basadas muchas veces en hechos reales o fruto de la imaginación de quienes la eligieron como escenario —y también como protagonista— de sus libros.

Y ese algo bien pueden ser los *yennún* —y también las *yennías*— (los geniecellos en la tradición árabe), y su equipo de cómplices humanos, protagonistas de la magia que acecha en cada esquina desde el amanecer hasta la noche profunda...

Basta dejarse llevar por las calles de la alcazaba, por los callejones y las plazoletas de la medina, por el barrio europeo atravesado por el bulevar Pasteur y las calles de Holanda, de Fez y de México, paseos estos que, cómo no, deben salpicarse con descansos en las terrazas de los cafés: el Tingis y el Central en el Zoco Chico, el Colón, en la calle de Italia, el del Cinema Rif en el Zoco Grande, el Gran Café de París, en la plaza de Francia, la Colombe, junto a la Librería Les Colonnes, y tantos otros observatorios para ver y ser visto, y para contemplar el continuo desfile de personajes que parecen participar en un *casting* continuado para formar parte del elenco de protagonistas o actrices y actores secundarios de los libros y de las películas que se escriben y se filman en Tánger.

En el mundo de los sentimientos y las querencias hay un concepto de nuevo cuño al que han bautizado como *anemoia*, y que es «la nostalgia que sentimos por algo que no hemos vivido ni conocido, pero que sentimos como una experiencia propia, a veces muy intensa».

Nos explican también que «es muy común que dicho sentimiento aflore en un entorno específico (en un tiempo y espacio definidos) aunque la persona que lo experimenta no haya tenido casi ninguna relación (o incluso inexistente) con el mismo».



Un ejemplo paradigmático es la película «Medianoche en París», de Woody Allen, en la que un escritor nostálgico viaja a los años 20 en esa ciudad y se codea con las grandes personalidades del mundo de la pintura, la literatura, el cine y toda la intelectualidad de aquellos años, con un torero incluido: don Juan Belmonte.



Anemoia, así se llama lo que algunas amigas y amigos sentimos al pensar en el Tánger de los años 20, 30, 40, 50 y 60 del siglo pasado; una sensación que vivimos con frecuencia paseando por esa ciudad, al bajar por la calle de Marco Polo hacia el mar y pasar junto al hoy desaparecido jardín de Villa Eugenia, al ver el solar donde estuvo el Hotel Cecil, al dejar pasar el tiempo en el Café de París o al tomarnos una copa junto a la piscina en el jardín del Caid's Bar del Hotel El Minzah.

Tánger nos invita a inspirarnos disfrutando de los colores con los que jugaron algunas y algunos artistas que pasaron aquí parte de sus vidas y también con aquellas y aquellos que aún pasean por sus calles y siguen creando, en sus lienzos o en sus atuendos, obras que nos sumergen en esa aura mágica que se fue instalando aquí desde épocas pretéritas, y que buscan la complicidad de nuestros ojos, de nuestras miradas y también de nuestras sonrisas.

Resulta fácil, aún hoy, muchos años después, imaginar la figura de Josep Tapiró de pie, junto al caballete, deleitándose en reproducir los detalles de los ropajes

de las modelos o de los tocados de los hombres. Hay aún presencias etéreas, flotan todavía auras magnéticas, y somos muchos los visitantes que hoy seguimos notándolas, llenas de color.

Harlar de la vida y de la obra del pintor tangerino Antonio Fuentes es sinónimo de palpar la esencia de uno de los más grandes pintores del siglo XX; es estar con él en París tomando aguardiente con Picasso, es volver a los salones del Hotel Fuentes, es entrar a hurtadillas en su casa/cueva/estudio de la medina tangerina y verlo pintar rodeado de cuadros y de objetos, y disfrutar de sus elegantes maneras de ermitaño de buena familia.

Enamorada de un edificio, así estuvo, y sigue estandolo, la pintora española Consuelo Hernández; tanto es su amor que durante los años que vivió en Tánger pasó horas y más horas observándolo y captando las energías que siguen desprendiendo sus muros, los sonidos que siguen escapando

por sus ventanas y los colores de los decorados de las obras de teatro allí representadas. Aún hoy, tiempo después de haber dejado nuestra amada ciudad, la pintora, en sus cuarteles de Madrid, sigue soñando con el Gran Teatro Cervantes tangerino, y sigue viendo aquí para abrazarlo con sus ojos...

Aún quedan en Tánger algunas damas y algunos caballeros que vivieron en directo los años míticos de la ciudad; como el exboxeador Mohamed Mrabet, que disfruta desde que era jovencito inventándose cuentos mágicos, algunos trascritos por el músico y novelista estadounidense-tangerino Paul Bowles, y que también domina el arte de la pintura.

También juega con texturas y volúmenes la pintora Carla Querejeta Roca cuando aprovecha viejas maderas y lonas recogidas por las calles o junto al mar y les da una nueva vida en sus cuadros. Carla se sumerge, antes de crear, corta, rompe y desgarra los materiales con los que de inmediato emprende un viaje de reconstrucción y creación de una nueva realidad.

Hay más, muchos más, pintoras y pintores y diseñadoras y diseñadores que fascinados con la luz

de Tánger decidieron que nuestra ciudad amada fuese el lugar para desarrollar sus obras; como Eugène Delacroix, Henri Matisse, James McBey, Juli Ramis, Wynne Apperley... y otras personas creativas que, nacidas allí, se llevaron con ellas a otros lugares los colores de la ciudad para jugar con ellos en sus cuadros, como hacen Sebastián Camps en Málaga, Lydia Gordillo en Madrid, Mohamed L'Ghacham en Mataró...

Los colores con los que jugaron y juegan las almas de esas y de esos artistas flotan en el aire de Tánger; basta con estar atentos para percibirlos, atraparlos y gozarlos, y servirse de ellos como fuente de inspiración literaria.

También se puede recoger y disfrutar y revivir la inspiración de los autores que escribieron sobre Tánger, como Ángel Vázquez, Mohamed Chukri, Antonio Lozano, Ramón Buenaventura, Mohamed Mrabet... y de un gran tangerino que no escribió un libro, pero contó muchas historias: Emilio Sanz de Soto.

O repasar a algunas y algunos autores extranjeros en el Tánger de ayer y de hoy: Bowles, Borroughs, Patricia Highsmith, Roberto Arlt, Rubén Darío, Rodrigo Rey Rosa, Santiago De Luca, Philippe Guiguet de Bologne...

Libros en los que Tánger es el escenario; muchas novelas de espías y de contrabando. Y también algunas novelas rosa, como las publicadas en los años 50 por la editorial Pueyo. Libros colectivos, como «Un planeta llamado Tánger» y «Los conjurados de Tánger». Libros autobiográficos: «Memorias de un viejo tangerino», «El último verano en Tánger», «Me quedé en Tánger», «Tanjawi», «A orillas de Tánger», «El Mazal de los pobres»... Libros del Tánger internacional: Tomás Salvador: «Hotel Tánger», y Antonio Lozano: «Un largo sueño en Tánger». Libros del Tánger de hoy, como la trilogía de novelas negras de Javier Valenzuela, las novelas de Sergio Barce, de Iñaki Martínez, de Luis Salvago, de Javier Roca, de Tina Suau...

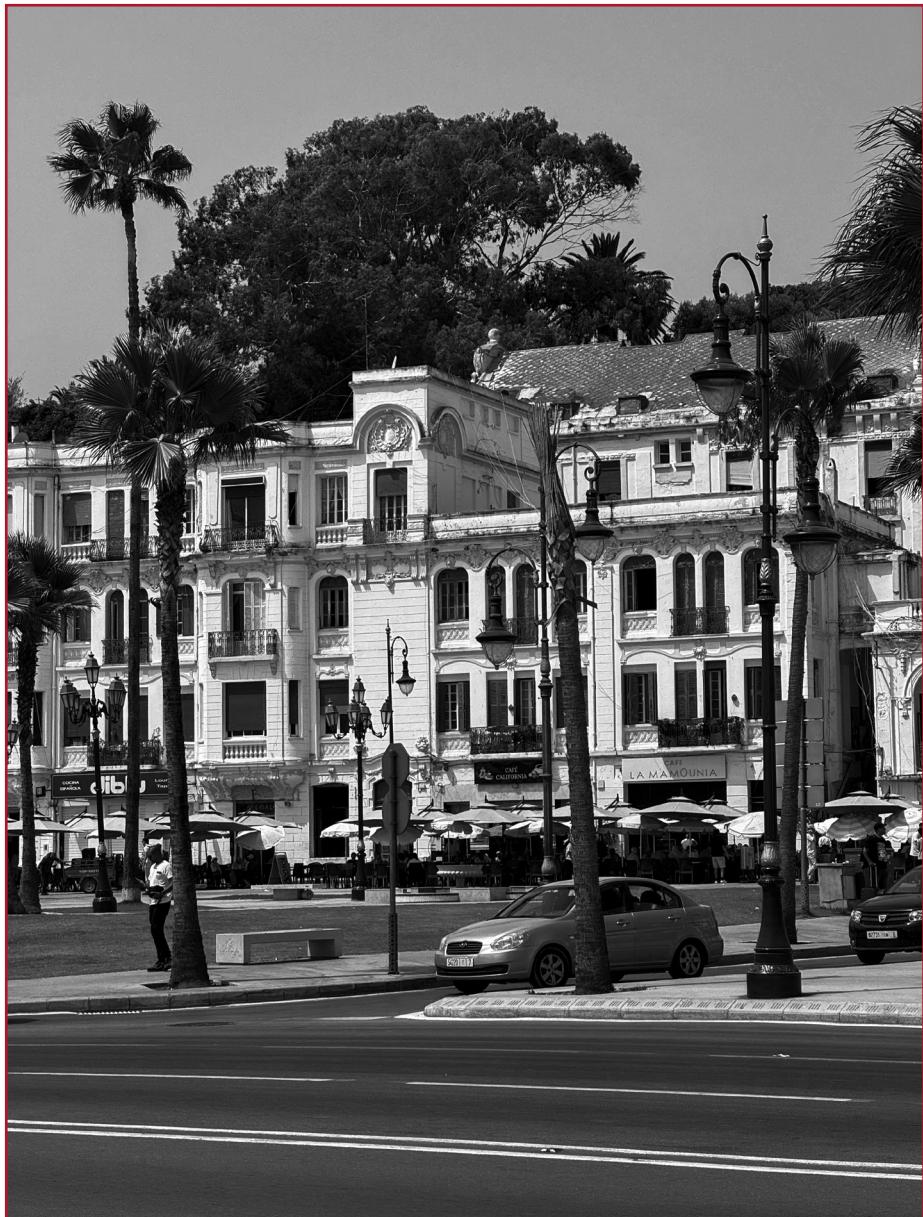
Magníficos libros de historia o ensayo como los de Leopoldo Ceballos, Rocío Rojas Marcos y Gonzalo Fernández Parrilla.

Estupendas revistas literarias como «Sures» y «Nejma». Poemarios en español de la poeta tangerina Latifa Laamarti; prosa poética en las obras de Farid Othmán Bentriá Ramos.

Y, cómo no, el cada día más habitual turismo literario; un nuevo fenómeno alrededor de obras como *El tiempo entre costuras* y películas como *El cielo protector*.

Y qué mejor lugar para pasar horas revisando revistas, periódicos y libros tangerinos que la Biblioteca Juan Goytisolo, en el Instituto Cervantes de Tánger.

Invito a quienes quieran comenzar a adentrarse en esa ciudad tan mágica y tan literaria a que sonrían con la frase con la que el poeta Esquilo definió a Tánger: «la ciudad del infinito sonreír de las ondas del mar».



FRANCISCO DE CUÉLLAR, UN VALLISOLETANO EN LUCHA CONTRA EL MAR

Anselmo Rosales Montero
Profesor de Secundaria

Un hombre solo posee aquello que no puede perder en un naufragio.

Proverbio indio

Se puede considerar que la literatura de náufragos tiene su origen en un relato egipcio, fechado entre el XX y el III a. C, y conocido como El Papiro Leningrado 1115¹, escrito en hierático, que contiene la fascinante «Historia del marinero náufrago». El texto relata el viaje de un marinero que perdió su embarcación y a su tripulación cumpliendo una misión oficial. Consiguió salvarse y llegar a una isla mágica, en la que suceden historias fantásticas. Este esquema será el básico del género. Lo que se irá modificando y ampliando será la finalidad y motivaciones de los náufragos. Así conoceremos náufragos como castigo de los dioses, Ulises, náufragos buscadores de aventuras, Simbad, como pretexto para exponer el colonialismo y puritanismo británicos, Robinson Crusoe, o personajes trágicos, abandonados, desprotegidos y solos, vapuleados por el destino...

Tres siglos de barcos hispanos navegando por todos los mares han dejado un reguero de náufragos. Las malas condiciones del viaje, la falta de conocimiento de las corrientes marinas, los mapas de navegar incompletos y los peligros constantes (tormentas, piratas, motines...) hacían que este tipo de travesías incluyera los naufragios como una posibilidad. Esta circunstancia provoca la aparición de abundantes textos de náufragos que serán fuente de inspiración para obras como Robinson Crusoe que bebe de las historias de náufragos españoles, como las de Pedro Serrano (El maestre Juan), Juan de Soranguren o Francisco de Cuéllar, pero esa es otra historia.

¿Quién era Francisco de Cuéllar?

«Yo me escapé de la mar y de estos enemigos por encomendarme muy de veras a Nuestro Señor y a la Virgen Santísima madre suya, con trescientos y tantos soldados que también se supieron guardar y venir nadando a tierra, con los cuales pasé harta desventura, desnudo, descalzo todo el invierno, pasado más de siete meses por montañas y bosques, entre salvajes, que lo son todos en aquellas partes de Irlanda donde nos perdimos».

De Francisco de Cuéllar, capitán, marino y náufrago, posiblemente natural de Valladolid, que participó en el desastre de la «Grande y Felicísima Armada²», conocemos sus naufragios por una carta dirigida al duque de Medina Sidonia. Pero la carta, fechada en Amberes en 1589, tardó un año en llegar a Felipe II (1692) y casi trescientos hasta nosotros, ya que en 1884 el marino e historiador, capitán de navío, Cesáreo Fernández Duro la rescató de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Probablemente, aunque no se puede afirmar con absoluta seguridad, nació en Valladolid y fue bautizado el doce de marzo de 1562 en la parroquia de San Miguel. Sus padres fueron el abogado de la Real Chancillería vallisoletana Pedro de Cuéllar y doña Bernardina de Caverio, su mujer. Ésta fue criada y dueña de doña Ana de Mendoza, la famosa princesa de Éboli³. Pronto se decantó por el oficio de las armas, posiblemente con 19 años.

Según su hoja de servicios, su carrera militar empezó en Portugal (1580-81), después en Sudamérica contra los franceses, hasta 1584, donde consigue el mando de

¹ El papiro se conserva en el Hermitage de San Petersburgo, se desconoce quién y dónde lo encontró.

² Nombre de la expedición contra Inglaterra. Armada Invencible fue el nombre irónico que le pusieron los ingleses.

³ *El Capitán Francisco De Cuéllar antes y después de la jornada de Inglaterra*. Rafael M. Girón Pascual. Universidad de Granada. 30-05-2010.

una compañía de infantería. En 1584 entró al servicio del marqués de Santa Cruz y le fue dado el mando del galeón «San Pedro». Participó en la Gran Armada y, a partir de aquí, conoceremos sus aventuras a través de la citada carta y otros documentos⁴.

Al mando del galeón «San Pedro», cuya tripulación estaba formada por 90 marineros y 184 soldados, participó activamente en la batalla de las Gravelinas⁵, «recibiendo mucho daño con muchas balas muy gruesas».

Estando los barcos en formación, el «San Pedro» de Cuéllar rompe, de manera inexplicable, la formación. Cuéllar lo justifica así: «Por mis grandes pecados, estando yo reposando un poco, que había diez días que no dormía ni paraba por acudir a lo que me era necesario, un piloto mal hombre que yo tenía, sin decirme nada, dio velas y salió delante de la Capitana cosa de dos millas, como otros navíos lo habían hecho, para irse aderezando».

Cuéllar fue arrestado y llevado a bordo de la nave «La Lavia», donde se le sometió a un consejo de guerra. Otro capitán, Cristóbal de Ávila, que había roto también la formación, fue ahorcado, pero Cuéllar resultó absuelto. Debía volver a su nave, pero se desató una tormenta y se quedó en «La Lavia»: «en la cual fuimos pasando todos grandes peligros de muerte, porque con un temporal que sobrevino, se abrió de suerte que cada hora se anegaba con agua y no la podíamos agotar con las bombas. No teníamos remedio ni socorro ninguno, sino era el de Dios, porque el duque [Medina Sidonia] ya no parecía y toda el armada andaba desbaratada con el temporal».

En esta tormenta se hundió el «San Pedro», pereciendo todos sus ocupantes. Cuéllar se libra, en poco tiempo, de una pena de muerte y de un naufragio mortal.

Tras la dispersión de la Armada por el temporal, las autoridades inglesas habían dado órdenes al gobernador inglés de Irlanda, William Fitzwilliam, de perseguir a los españoles si intentaban tomar tierra en Irlanda. Fitzwilliam, además de amenazar con la pena capital a todo aquel que acogiera o auxiliara a las tropas de Felipe II, dio orden de capturar y ejecutar a los marinos y soldados de la Armada, sin importar su rango u origen:

El 16 de septiembre de 1588, tras la dispersión por el temporal, tres buques, el catalán la Julian, la Santa María de Visón, de Ragusa, y la Lavia, de Venecia, donde iba embarcado Cuéllar, anclaron en la bahía de Donegal (Irlanda) en busca de seguridad (a «más de media legua de la tierra») Pero el 21 de septiembre la tormenta empeoró. Golpeados los barcos y rotos los



Francisco de Cuéllar por Philippe-Jacques de Loutherbourg

amarres fueron impulsados a la orilla donde se rompieron.

«Nunca se había visto algo así –dice Cuéllar– porque, en una hora, nuestros tres barcos se rompieron por completo, con menos de trescientos hombres sobreviviendo».

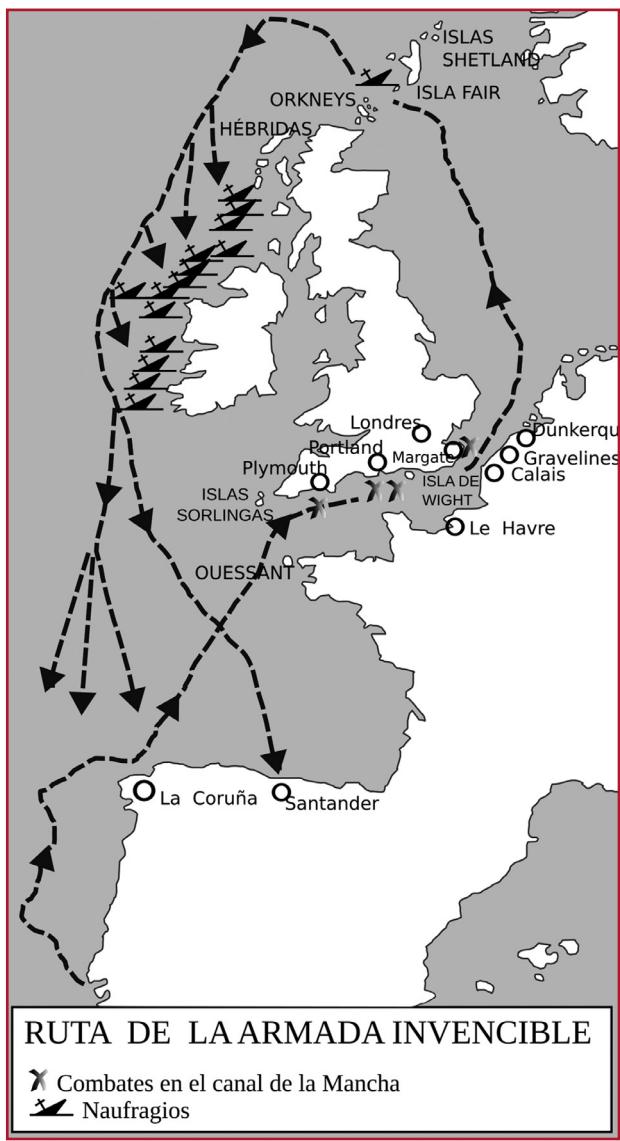
Cuéllar y el auditor que participó en su consejo de guerra, Martín de Aranda, se agarraron a un escotillón del tamaño de una mesa. Una ola arrastró al auditor, que se ahogó porque llevaba cosida en la ropa gran cantidad de dinero. Cuéllar recibió un golpe que lo dejó ensangrentado, pero se encomendó a la virgen y consiguió llegar a tierra «hecho una sopa de agua, muriendo de dolor y de hambre».

Así describe Cuéllar, subido sobre un alto, el desolador panorama de los barcos destrozados y a los irlandeses despojando a los indefensos naufragos «me puse a mirar tan grande espectáculo de tristeza; ahogarse muchos dentro de las naos, otros en echándose al agua irse al fondo sin tornar arriba; otros sobre balsas y barriiles y caballeros sobre maderos; otros daban grandes voces en las naos llamando a Dios; echaban a la mar los capitanes sus cadenas y escudos; a otros arrebataban los mares y de dentro de las naos los llevaban; [...] la tierra y marina llena de enemigos que andaban danzando y bailando de placer de nuestro mal, y que en saliendo alguno de los nuestros en tierra, venían a él doscientos salvajes y otros enemigos y le quitaban lo que llevaba hasta dejarle en cueros vivos y sin piedad ninguna los maltrataban y herían».

A pesar de profesar la misma religión, que allí había difundido San Patricio en el año 432, acudieron a

⁴ Memoriales presentados por Cuéllar a los consejos de Estado y Guerra entre 1585 y 1604, que se encuentran en el Archivo General de Simancas.

⁵ Gravelinas situada en la costa del Mar del Norte, a 25 kilómetros al sudoeste de Dunkerque.



Naufragios y recorrido de Cuéllar. Wikipedia

la playa para saquear cuanto pudieran, matando si era necesario. Desnudaban y robaban a los naufragos, mientras que las tropas, que ocupaban Irlanda, se dirigían a toda prisa a la costa a rematar a los supervivientes.

De nuevo Cuéllar burló a la muerte. Llegó a la playa en muy mal estado en compañía de otro naufrago y fueron vistos por dos hombres, uno de ellos armado con una enorme hacha, pero se apiadaron de ellos y los ocultaron bajo un manto de juncos. Por la mañana, mientras la caballería inglesa masacraba a los supervivientes, su compañero había muerto de frío, «allí se quedó en el campo, con más de otros seiscientos cuerpos que echó la mar fuera, y se los comían cuervos y lobos sin que hubiese quien diese sepultura a ninguno».

Magullado y casi desnudo llegó a la abadía de Staad, abandonada por los monjes, y en la que solo encontró destrucción y españoles ahorcados.

Vuelve a la playa donde le llegan noticias de que el galeón «Girona» acudía a su rescate. Se dirigen los

españoles supervivientes hacia el barco. Cuéllar, herido y muy débil, no puede seguirlos. El «Girona», a pesar de encontrarse muy afectado por las tormentas pasadas, consigue recoger a unos cuantos naufragos, pero inmediatamente naufraga, muriendo más de doscientos marinos. ¡Otro golpe de suerte para Cuéllar!

Tras diversas aventuras, se dirigió a las montañas del interior, donde se encontraba Brian O'Rourke, uno de los nobles gaélicos, católico y en guerra contra los ingleses. Allí encontró a otros tres españoles y recibió cobijo en el pueblo de Castleroe, en el que unas mujeres se ocuparon de cuidarlos durante al menos un mes y medio. Acerca de las irlandesas dice Cuéllar: «Las más de las mujeres son muy hermosas, pero mal compuestas; no visten más de la camisa y una manta con que se cubren y un paño de lienzo muy doblado sobre la cabeza, atado por la frente. Son grandes trabajadoras y caseras a su modo».

Pero Bryan O'Rourke es acusado de alta traición y ahorcado y descuartizado en Londres en 1591. De nuevo solo y sin apoyos, Cuéllar siguió vagando por los caminos de Irlanda desesperado y pensando en el suicidio. Pero se encontró con un clérigo católico irlandés con el que se pudo entender en latín. Le indicó que se dirigiera al castillo de Rosclogher en Lurganboy, que pertenecía a otro noble gaélico católico, MacClancy. Allí conoció a otros españoles y la cerveza, «una bebida turbia y áspera, con sabor a hierbas amargas». Goza de éxito entre las mujeres a las que les lee las manos (habilidad que se había inventado).

Sobre los irlandeses, sus costumbres y forma de vida dice «Viven en chozas hechas de pajas; son todos hombres corpulentos y de lindas facciones y miembros; sueltos como corzos; no comen más de una vez al día, y esa ha de ser de noche, y lo que ordinariamente comen es manteca con pan de avena; beben leche acada por no tener otra bebida. [...] Vístense como ellos son, con calzas justas y sayos cortos de pelotes muy gruesos; cubrense con mantas y traen el cabello hasta los ojos. Son grandes caminadores y sufridores de trabajos; tienen continuamente guerra con los ingleses que allí hay de guarnición por la reina, de los cuales se defienden y no los dejan entrar en sus tierras, que todas son anegadas y empantanadas».

Enterado MacClancy de que los ingleses iban a atacar su castillo, huyó a las montañas invitando a los españoles a seguirle. Pero estos, ocho más Cuéllar, decidieron quedarse y defender el castillo, armados con siete mosquetes, seis arcabuces, unas pistolas, alguna espada... y una despensa para resistir seis meses. El castillo, levantado en una isla en el extremo oeste de la costa sur del lago Melvin, tenía forma circular y estaba rodeado por gruesos muros y agua, además la zona de acceso era pantanosa. Tras diecisiete días de asedio de



Señal del De Cuéllar Trail en Grange, junto a la playa de Streedagh, en Irlanda. Wikipedia

los mil ochocientos ingleses, la llegada del invierno, la lucha de los españoles y una fuerte nevada obligó a los ingleses a replegarse.

MacClancy quedó tan agradecido que, a su regreso, ofreció a Cuéllar la mano de su hermana. Algunos compañeros decidieron quedarse al servicio del irlandés y rehacer sus vidas en aquella comunidad. Pero Cuéllar, junto a cuatro de los españoles, se encaminaron hacia el norte, a Derry, buscando protección, ya que allí el obispo Reimundo Temi, estaba ayudando a españoles para pasar a Escocia.

En enero de 1589 Cuéllar y sus compañeros emprendieron camino a la región del Ulster, desde donde de poder embarcar hacia Escocia. El 24 de enero de 1589 Cuéllar y sus compañeros deambulan por los alrededores de la Calzada del Gigante, un impresionante paisaje volcánico en las orillas del Ulster. Allí pasaron varios meses de muchas calamidades hasta que consiguieron contactar por correo con el Duque de Parma que pagó a un mercader (cinco ducados por español y cuatro bajeles) para llevar a los supervivientes a Flandes.⁶

Pero, llegando a Dunkerque, fueron atacados por buques de guerra holandeses. Doscientos setenta hombres que habían sobrevivido a los naufragios de la Gran Armada perecieron entonces. La nave en la que viajaba Cuéllar fue alcanzada «con todo, nos echamos a nado sobre maderos y ahogáronse algunos soldados y un capitán escocés».

«Esto he querido escribir a V. m. De la villa de Anvers, 4 de octubre de 1589 años».

Así termina la carta del hombre que se libró de dos naufragios y sin saber nadar, como él confiesa.

En la historia de Cuéllar, como en el «papiro Golénischeff», se han narrado historias fantásticas, que sin duda Cuéllar incluyó en su carta, porque la finalidad era engrandecer su figura para que el rey fuera más generoso.

Cuéllar continuará su vida militar en París, Calais, el sitio de Hults; después bajo el mando del duque de Saboya; en Nápoles bajo el mando del virrey de Nápoles, el Conde de Lemos; en las Antillas donde fue nombrado capitán de infantería en un galeón. En 1602 viaja hacia América en la flota de don Luis Fernández de Córdoba. Entre 1603 y 1606 residió en Madrid y es posible que volviese a América en 1607 donde, quizás, murió.

Cuéllar burló las embestidas de mar y su propio destino. De los 31.000 hombres que habían embarcado en Lisboa se calcula que murieron unos 20.000 (1.500 en los combates, 8.500 en los naufragios, unos 2.000 asesinados en Irlanda, y 8.000 en la travesía o por enfermedades).

La memoria de Cuéllar ha pervivido, no solo por la carta y sus aventuras, sino que en la República de Irlanda e Irlanda del Norte existe una ruta llamada Cuellar's Trail, que señala las distintas etapas de su viaje en busca de la libertad. La ruta lleva hasta la playa de Streedagh Strand, donde hay un pequeño monumento de piedra en forma de barco en la que una placa recuerda el naufragio de La Juliana, La Lavia y la Santa María de Visón.

Documentales sobre su epopeya, traducción de la Carta entre expertos españoles e irlandeses, artículos en prensa y un libro de Martínez Laínez sobre Cuellar, «Náufrago de la Gran Armada», también han contribuido a mantener viva su memoria.

Bibliografía

- El capitán Francisco de Cuéllar y su ruta irlandesa. Pedro Luis Chinchilla. <https://www.armadainvencible.org/capitan-francisco-de-cuellar-ruta/>
- Carta de uno que fué en la Armada de Inglaterra y cuenta la jornada (Author: Francisco de Cuellar). La Real Academia de la Historia. Colección Salazar, número 7, fólio 58. Corpus of Electronic Texts Edition.
- El Capitán Francisco De Cuéllar antes y después de la jornada de Inglaterra. Rafael M. Girón Pascual. Universidad de Granada. 30-05-2010. En Actas de la XI Reunión científica de la fundación española de Historia Moderna. Comunicaciones volumen II.

⁶ Esta tarea de repatriación la hubiera realizado magníficamente el pirata español Pedro Hernández Cabrón unos años antes, pero esa es otra historia.

EL DESEMBARCO DE ALHUCEMAS

Juan María Silvela Miláns del Bosch

Coronel de Caballería (R) Presidente de la Asociación de Amigos de la Academia de Caballería

Como un avance de la conferencia sobre el Desembarco de Alhucemas, programada por el ateneo para el 3 de marzo de este año, se expone a continuación una pequeña síntesis de dicho desembarco. Fue llevado a cabo el 8 de septiembre de 1925 en la playa de Ixdaín y constituyó un hito histórico por ser la primera operación conjunto-combinada realizada por una fuerza militar y además con éxito.

El teniente general Miguel Primo de Rivera, tras su golpe de estado desde Barcelona (13/XII/1923), tomó la decisión inmediata de aplicar *una política claramente abandonista* con respecto al problema del Protectorado en vista de la sangría que suponía la guerra y su elevísimo coste. En marzo de 1924, anunció que tenía: *el propósito de intervenir* (en Marruecos) *de un modo resolutivo*, pero mediante un repliegue general en las comandancias de Ceuta y Melilla.

Los militares africanistas se enteraron enseguida en qué consistía este modo resolutivo y no tardaron en manifestar su desacuerdo. La expresión más famosa de este descontento se produjo durante una comida organizada en Ben Tieb (19/VII/24) en honor del dictador, que probablemente le hizo empezar a dudar de su política.

Las excesivas bajas producidas por el repliegue en la comandancia de Ceuta acabaron por convencer a Primo de Rivera de que era necesario proyectar un desembarco en el centro de la rebelión. Parece ser que lo decidió en firme, al menos, en febrero de 1925 e independientemente de lo que pensara el gobierno francés y antes de que Abd el Krim atacara a la zona francesa del Protectorado.

El ejército organizado para realizar el desembarco iba a disponer de una división terrestre, al mando del general Sanjurjo; una aeronáutica, cuyo jefe era el general Soriano; y unas fuerzas navales, bajo el mando del vicealmirante Yolif. En total, algo más de 18.000 hombres.

De las marinas española y francesa se congregaron: 3 acorazados (1 francés), 6 cruceros (2 franceses), 1 porta hidroaviones, 36 navíos menores y 58 transportes; proporcionaban 190 bocas de fuego como apoyo artillero (36 de gran calibre), a las que hay que sumar las

24 de la isla de Alhucemas (en total de 214); además, se contaba con 136 aviones y 18 hidroaviones (con la escuadrilla francesa de seis *Goliath* y los dos *Junkers* de la Cruz Roja: 162 aeronaves).

Se dice del bellísimo pueblo cántabro de Santillana del Mar que su nombre contiene tres mentiras, porque ni es santo ni es llano ni está a la orilla del mar. Del triunfo del desembarco de Alhucemas se puede afirmar algo semejante, pues para establecer la primera cabeza de playa ni se llevó a cabo dentro de la bahía, ni se ejecutó de noche, ni logró la pacificación total del Protectorado.

Sin embargo, fue realizado con absoluto éxito, reconocido internacionalmente y tenido en cuenta para preparar el desembarco de Normandía. Se dieron muchas circunstancias adversas y no previstas, pero serían superadas gracias a la preparación y disciplina de los soldados que estaban debidamente instruidos, así como del adiestramiento alcanzado por las unidades.

Como corolario, parece adecuado reproducir la frase del general Berenguer sobre las causas del *Desastre de Annual*:

Si nuestro Ejército padeció flaquezas, predominaron las virtudes, y si su labor no se estimó completa, culpa no fue suya, sino de quienes lo estorbaron o malbarataron sus resultados. Cuando se le puso en condiciones hizo todo lo que se le pidió.



AGMM. Signatura: F.06078.

Círculo de Recreo



de Valladolid

circuloderecreodevalladolid.es



Ayuntamiento de
Valladolid

Concejalía de Educación y Cultura

Únete a
Una gran historia



CLARO QUE
VALORO SUS DETALLADOS
INFORMES FINANCIEROS SOBRE
EL MERCADO DE FUTUROS.

PERO ENTIENDA
QUE TAMBIÉN ME GUSTA
CONTAR CON UNA SEGUNDA
OPINIÓN.